This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

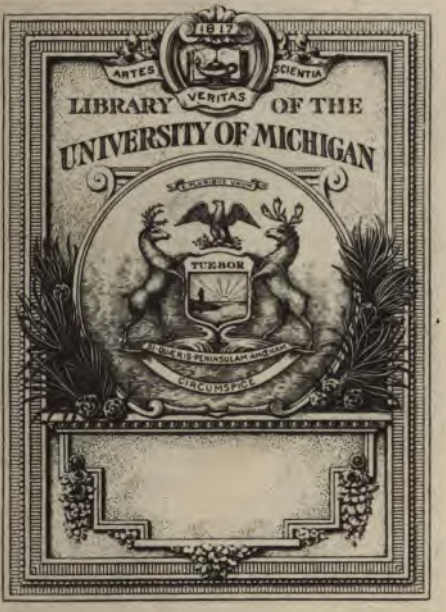
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

La Cruz del matrimonio



THE GIFT OF

Philip E. Bursley

LA CRUZ DEL MATRIMONIO.

LA CRUZ DEL MATRIMONIO,

COMEDIA

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON LUIS DE EGUILAZ. y Eguilaz

Representada por primera vez en el teatro de Variedades la noche del 28 de Noviembre de 1861.

QUINTA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1862.

868
E325cr
1862

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA MEMORIA DE UN ÁNGEL.

Philip E. Burnley
(3-22-57)
6-1-93

«Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame.»

(San Mateo.)

«Mirad bien si acaso teneis vosotras la culpa. Para echar un jarro de agua al fuego de la cólera, y para domesticar el genio más feroz y más extravagante de un marido, no hay medio más eficaz que el silencio respetuoso, el modo humilde y severo, y la *paciencia* dulce y constante de una mujer. El rendimiento y la sumision que debemos á nuestros maridos no nos permite hacerles frente: el contrato matrimonial es contrato oneroso, que nos impone la obligacion de sufrir sus defectos *con paciencia*. Si vosotras sabeis *callar* ahorrareis muchas pesadumbres y muchos sinsabores.»

(Santa Mónica, segun el P. Croiset.)

Con la edad el sueño huye,
y el chiquitin, los cuidados
de la casa...

ENRIQ. ¡Oh! Yo reviento,
Mercedes, si no hablo claro.
¿Eres tú aquella muchacha,
dulce embeleso del Prado,
hechizo de las reuniones,
de los bailes tierno encanto,
y en Real, Zarzuela y Príncipe
de los gemelos el blanco?

MERC. Fuí y no soy.

ENRIQ. ¿Pero por qué?

MERC. Hija, porque me he casado.

ENRIQ. ¡Ah! ya. Y casarse es morirse?
Yo pensé que era al contrario.
De soltera estaba atada;
sentia esos duros lazos
que la sociedad impone
á la pobre que no ha hallado
quien con ella cargue. Pero
una vez casada, es llano
gozar las inmunidades
concedidas á ese estado.

MERC. Si, pero teniendo un niño...

ENRIQ. Yo tambien le tengo, y bailo
y paseo y me divierto
en cuanto me viene á mano.
¿Por qué no le has puesto ama
como yo? ¿Por qué criarlo?
Los niños fuera de casa
se crian mucho más sanos.

MERC. ¡Ay, Jesus! ¡Pobre angelito!
¿Yo, buena y robusta estando,
le habia de comprar madre!

ENRIQ. Asi te has desmejorado.

MERC. La que no cria á su hijo
ni le aduerme en su regazo,
ni el nombre de Dios le enseña,
no es madre: ese nombre santo
no se gana en aquel dia
en que vida y ser le damos.

Poco es que el árbol dé flores
si el fruto no es sazonado.

ENRIQ. Bien: pase por el chiquito.
—¿Mas es justo, es cuerdo, es sabio
que en casa pases la vida
entre afanes y trabajo,
mientras tu señor marido
goza y derrocha y da escándalos,
y vive... Dios sabe cómo,
porque ni aun quiero pensarlo?

MERC. ¿No es tu marido lo mismo?
Pues dime, ¿consigues algo
con estar siempre riñendo?
¿Le vas atrayendo acaso
con seguir su ejemplo en todo
cuanto no veda el recato?

ENRIQ. Hija, tú estás en mantillas
y es preciso irte educando.
—Por desgracia ó por fortuna
juntas ambas nos criamos,
sin padres, con nuestra tia,
y aun niñas, el tiempo andando,
por fortuna ó por desgracia,
en un dia nos casamos.
Tu Felix y mi Manuel,
dos excelentes muchachos,
segun todos, muy amigos,
porque eran á cual más malo,
fueron—y esto es tan patente
que está á los ojos saltando—
si calaveras solteros
más calaveras casados.
Llevóme el mio á Paris,
donde he vivido tres años
con nuestra tia, y quedaste
tú de tu marido en manos,
sola y niña y sin consejo,
que es un triple desamparo.
Mientras que duró esa luna,
que luna de miel llamamos,
si yo de amor loca estuve
ví en mi Manuel otro tanto.

Mas pasó un mes y otro mes,
—¡jamás hubieran pasado!—
cuanto yo más me abrasaba
más Manuel se iba entibiando.
Al principio no salia
por estar siempre á mi lado;
despues me pidió permiso
para divertirse un rato;
estaba fuera una horita
y volvia más que á paso.
Luego, sin pedir licencia,
añadió á la horita un cuarto;
luego tuvo ocupaciones;
despues le gustó el teatro;
despues... ¡se pasó la noche
fuera de casa jugando!
Lloré, le armé peloteras,
¡ni por esas! Ocupado (Bajando la voz.)
me lo traia una pícara
actriz de los Italianos.
Apenas entraba en casa
yo iba á buscarle llorando;
él huia de mi vista
ó fosco ó mal humorado.
Pedí á mi tia consejo:
dióme un consejo sensato.
Cuando venga riña en él.
¡Grita? Grita tú más alto.
Va á un baile? Vamos á otro.
Él te da celos? Pues dáselos.
Compra á su querida un traje?
Compra tú al momento cuatro.
Que le duela, que le punce;
y verás así que cuando
el aguijon sienta, torna
á tus pies más que humillado.
—Esto espero; y cuando menos,
si no logro al bien llevarlo,
pues él goza de este mundo,
yo del mundo habré gozado.

MERC. Me estás contando mi historia;
Solo que yo, no pensando

que el camino que tú eliges
á un bien conduzca cercano,
á mi corazon oyendo
camino opuesto he tomado.
Si él se va á sus diversiones
yo nunca de casa salgo;
si pasa la noche fuera
toda la noche le aguardo.
Si cuando llama me encuentro
triste y anegada en llanto,
presurosa el llanto enjugo,
la risa á mi boca traigo,
y amorosa le recibo,
venga alegre ó enojado,
sin que asomen á su vista,
aunque me mate el quebranto,
ni una lágrima á mis ojos
ni una repulsa á mis labios.
Si él pierde al juego, yo en casa
lo que él ha perdido trato
de economizar; si pienso
que un rico traje ha comprado
á una mujer, que él desprecia
tal vez sin imaginarlo,
al tornar á casa me halla
con traje humilde esperándolo.
Nunca recriminaciones,
nunca riñas, nunca escándalos.
Si fuera encuentra repulsas
solo vé en su casa agrado.

ENRIQ. Ó eres tonta, ó eres santa.
¿Te estás brazo sobre brazo
sufriéndolo, y nada haces
por gozar ó por ganártelo?

MERC. Hago mucho: el alma mía
hace más por mí: le amo.

ENRIQ. Asi, Mercedes, le pierdes.

MERC. Más bien pienso que le gano.
Cuando vé á la que es su esposa
con un sencillo tocado
al dejar otras mujeres
á quienes presta boato;

cuando del juego acá torna
de haber un caudal tirado
y vé que porque no pierda
nuestro pobre niño tanto
me afano y economizo;
cuando viene disgustado
con sus locas aventuras,
con sus amores comprados,
y aquí me encuentra, dispuesta
á recibirle en mis brazos,
que se avergüenza conozco,
y un remordimiento amargo
le punza: eso es lo que quiero,
de eso yo todo lo aguardo.
Vendrá un dia en que compare
el oro fino y el falso,
el amor que el amor compra
y el que el dinero ha comprado;
y si compara, si piensa,
no habrá ya poder humano
que de mi amor le separe,
que le arranque de mis brazos.

ESCENA II.

DICHAS, DOÑA CLARA, en traje de calle de mucho lujo.

CLARA. ¡Yo no sé cómo hay personas
decentes, que resignadas
vivan en Madrid! ¡Jesus!
Córte en fin indigna de España.
¡Qué silencio en esas calles,
qué pobreza en estas casas!
¡Vamos, esto no es vivir!
¡Paris, Paris de mi alma!

MERC. Pues, tia, á mí me parece
que bulla en Madrid no falta.

CLARA. ¡Uy, qué lástima de celda!
—Dime: ¿quién te ha hecho esa bata?

MERC. Manolita.

CLARA. ¿Es española? (Con desprecio.)

MERC. Sí tal; vallisoletana.

CLARA. Bien se le conoce, hija. (Con desden.)
Donde está aquella madama
Petit-Chú... ¡Qué gusto tiene,
qué tijeras y qué gracia!
¡Ay, Mercedes! si me pierdo
mándame á buscar á Francia.

ENRIQ. Si: tiene razon Clarita.

CLARA. ¡Ah!... Ya no me llamo Clara.
Madam Clarita. Asi todos
en el *hotel* me llamaban.
¡Qué franceses tan galantes!
¡Qué cosas dicen! Es lástima
que yo no pueda entenderles
ni siquiera una palabra.

MERC. ¡Pero, tia!...

CLARA. ¡Tia, tia!
¿Soy alguna octogenaria?
Tú por tú, y Clarita.

MERC. ¿Tú!

CLARA. Mejor fuera que me hablaras
con aquel *vu* parisien
tan mono y lleno de gracia.
Pero, hija, donde no hay *vu*
con el tú apechugo.—¡Eh! basta;
y aprende de mi Enriqueta,
que viene pulimentada.
Tú por tú, y Clarita.

MERC. ¡Tia!

CLARA. ¡Otra! ¡Qué falta! ¡ay qué falta
nos está haciendo un poquito
de anexion! ¡Quién fuera Italia
y tuviera un Garibaldi
y se viera anexionada!

MERC. ¿Y qué es eso?

CLARA. ¡Ay que no sabe (Escandalizada.)
hacer política! Calla;
y no hables donde te escuche
gente de pró, desdichada.

ENRIQ. Cierto: ignorar esas cosas (Sonriendo.)
de que todo el mundo habla...

CLARA. Es que me espanto y me asombro...
¿Cómo vivis en España?

MERC. ¡Oh!... yo le diré á usted, tia,
¡hay tanto que hacer en casa!
CLARA. Pero aquí ¿no hay *Monitores*?
¿No hay *Patrí*?—En francés es patria.
Mira, para que otra vez
tales preguntas no hagas.
Anexion es una cosa
que tiempo atrás no pasaba
nunca en tierra firme. Antes
los peces solo la usaban.
Un pez grande, por ejemplo,
un besugo asi... de talla,
con deseo anexionista,
—hambre en lengua castellana,—
á buscar pasto salia
dejando el lecho de algas.
Encontraba un pez pequeño,
un lenguado verbi gracia,
y de compasion movido
al ver su insignificancia,
por elevarlo á su altura,
por infiltrarle su savia
y hacer uno de los dos,
sorbia y lo anexionaba.
Si más saber quieres, hija,
vé á estudiar á Salamanca.
MERC. Tia, y si yo pienso en eso,
que al fin no me importa nada,
¿quién cuida aquí de la ropa?
¿quién vigila á las muchachas?
ENRIQ. ¿Y ahorrarás tú en todo un año
con tu arreglo y vigilancia
lo que tu señor marido
en sola una noche gasta?
¿Gastan ellos? pues gastemos.
MERC. Bien, sí; pero ellos lo ganan.
CLARA. Hija, Dios condenó á Adan
á que el sustento ganara;
á Eva no. Dióle un castigo
más doloroso. Yo...
ENRIQ. (Conteniéndola.) ¡Clara!
CLARA. Pues señor: he estado viendo

cuartos toda la mañana.
¡Qué escaleras! ¡Qué pasillos!
¡Qué casas! ¡Parecen jaulas!
De *confort* alguna cosa,
mas de *comilfó* no hay nada.

ENRIQ. ¿Es decir que no has hallado?...

CLARA. ¡Qué he de hallar! Esto al fin pára
en irme al campo, y hacerme
una chocita de ramas.

ENRIQ. Pues, prima, tienes que darnos
hospitalidad bien larga.

MERC. No sabes cuánto me alegro.
Tanto tiempo separadas...

CLARA. —Pues señor: para que veas
entre la gente que andas.
Al bajar ahora del coche,
furiosa y desesperada,
—como es regular,— alcéme
así un poquito la falda.
Se vió el pié y sus arrabales,
—cosa que ya á nadie extraña
llevando los bajos limpios.—
Mas un hombre que pasaba
—andaluz por el ceceo
y por la presencia charra,—
me dice con desvergüenza
echándome una mirada:
«¡Vivan los pies de alfeñique!
¡Viva la bula y la gracia!»
¡Ay qué pais! ¡qué paisaje
y qué paisanaje!

ENRIQ. ¡Clara!

CLARA. ¡Ah! pero no todo ha sido
en esta excursion desgracias.
He tenido un buen encuentro:
he tropezado una cara
conocida antigua tuya. (Á Enriqueta.)
¿No adivinas?

ENRIQ. ¿De quién hablas?

CLARA. ¿Te acuerdas de aquel muchacho
que allá nos acompañaba
el año pasado?

ENRIQ. ¡Alfredo? (Con mucho interés.)
CLARA. En persona.
ENRIQ. ¿Está en España?
(Afectando indiferencia.)
CLARA. Acabo de verle. Con
su finura acostumbrada,
me ha acompañado un ratito.
—¡Pobre! ¡Qué historia tan larga
de desdichas me ha contado!
Una pasion desgraciada
le hizo abandonar su tierra
é irse tras la muerte á Italia.
Ha estado en Castelfidardo
batiéndose por el Papa
con Lamoricié.
ENRIQ. ¡Y fué herido? (Con interés.)
CLARA. Prisionero.
ENRIQ. ¿Y ahora? (Con frialdad.)
CLARA. Trata
de aturdirse; y como es rico
con este objeto vïaja.
Es del *fobur San Germen*. (Á Mercedes.)
¡Qué tonta será la ingrata!

ESCENA IV.

DICHAS, FELIX.

FELIX. ¡Oh!... buenos dias.
(Deteniéndose al verlas. Ha trasnochado.)
CLARA. Muy buenos.
FELIX. Y al que hoy hace esto conviene.
Solamente Madrid tiene
estos dias tan serenos.
¿Se ha dormido bien?
ENRIQ. Muy bien.
FELIX. Convida el aire nativo.
CLARA. Ay, no, no. Yo solo vivo
respirando el parisien.
FELIX. ¿Y tú?
(Con frialdad, á Mercedes, que le ha tomado el sombrero y el gaban.)

MERC. ¿Yo? Muy bien.
FELIX. ¿Sí? (Con desconfianza.)
MERC. Sí.
Tú no quieres que te aguarde...
ENRIQ. ¡Qué? ¿Se ha recogido tarde?.
MERC. No, tarde no.
FELIX. Asi, asi.
ENRIQ. ¡Pícaro!
FELIX. ¡Negocios!
CLARA. ¡Ya!
¡Si quemaran el Casino!...
ENRIQ. ¿Y... don Manolito, vino
en tu compañia acá?
FELIX. Sí, sí; no tengas cuidado
de que aqui se te pervierta.
Su juventud inexperta
guia un hombre amaestrado.
CLARA. Vamos, y deja á ese loco.
FELIX. ¡Tan pronto! Ya habrá lugar...
CLARA. No, no, no: para almorzar
es fuerza arreglarse un poco.
FELIX. ¡Ah!... si es eso.... el yo pequé
entono ya por mi ruego.
Ponte linda, y hasta luego.
ENRIQ. Hasta luego.
CLARA. *Adiú, mosié.*

ESCENA VI.

MERCEDES, FELIX.

FELIX. (¡Qué linda es! Y Manuel
(Mirando á Enriqueta.)
deja á una chica tan bella
y tan buena por aquella
serpiente de cascabel!...
Vamos, si yo fuera asi
renegaba de mi nombre.
¡Qué animal tan raro el hombre!)
MERC. ¡Ejem! (Tosiendo. Se habrá vuelto á su labor.)
FELIX. ¡Ah!... ¿Estabas ahí?
MERC. Sí.

FELIX. ¿Qué haces?
MERC. Coser.
FELIX. ¡Coser!
Siempre igual.
MERC. Por las mañanas...
FELIX. Es que parece que ganas
asi lo que has de comer.
¿Qué dirá de tu marido
quien siempre te encuentre asi?
MERC. Que me distraigo.
FELIX. Sí, sí.
Debe ser muy divertido.
MERC. Si es que algo decir deseas,
coser no evita el hablar.
FELIX. No, no quiero incomodar.
MERC. ¿Incomodar? No lo creas. (Levantándose.)
Ya lo dejo.
FELIX. ¡Oh! Ven aqui.
Esos ojos... Tú has llorado.
MERC. No, no.
FELIX. Pues me has aguardado
y no has dormido.
MERC. ¿Yo?...
FELIX. ¡Sí!
MERC. Perdona, Felix; no puedo
dormir si no estás en casa
pensando si algo te pasa.
¡Tengo por tí tanto miedo!
¡De noche esas calles!...
FELIX. ¡Oh!
¡Esto ya es intolerable,
fastidioso, insoportable!
¿Soy algun chiquillo yo?
Y ahora teniendo contigo
tus parientes... ¿Qué dirán!
MERC. Pero, Felix...
FELIX. Pensarán...
pensarán que yo te obligo.
MERC. Mira, no he velado tanto.
FELIX. Pero si he vuelto de dia.
¡Vamos, esto acabaria
con la paciencia de un santo!

MERC. No; que lo noten yo evito.
Me recojo en mi aposento,
y en cuanto tus pasos siento
me acuesto muy de quedito.
FELIX. ¡Estos femeniles ocios!
Como no tienen que hacer!
MERC. Tardabas tanto en volver...
FELIX. Uno tiene sus negocios!...
MERC. Ya se vé. (Dándole toda la razon.)
FELIX. Y no es regular...
MERC. Ya lo sé; mas la voz baja. (Muy apurada.)
FELIX. Que despues que uno trabaja...
MERC. Sí.
FELIX. Le quieran fastidiar.
MERC. Pero, Felix, si es cariño.
FELIX. Quererse meter en todo... (Sin oirla.)
MERC. ¿Yo? No, no; de ningun modo.
Vamos... ¿quieres ver al niño?
(Mucha dulzura.)
FELIX. No, no quiero... Esto me afecta
y hace que sin seso ande.
Tienes un defecto grande.
MERC. ¿Cuál?
FELIX. Hacerte la perfecta.
Y me tienes en un potro
y me irritas y sublevas.
—Vé, mira qué traje llevas.
¿Por qué no te pones otro?
MERC. ¿No te gusta?
FELIX. ¡De percal! (Tocándolo.)
Esto de la raya pasa.
MERC. Para andar dentro de casa
aun me parece tal cual.
FELIX. Eso, sí, hazte la modesta.
—Viste seda, glasé.
MERC. ¿Cuando
se está en casa traginando!
¿Sabes eso lo que cuesta?
FELIX. Bien. ¿Pero no gasto yo?
MERC. ¡Oh!... Tú, ya eso es diferente.
Tienes que alternar con gente.
No es el caso el mismo, no.

Yo metida aqui...

FELIX. ¿Y por qué?
¡Ah, ya! ¡Tus negocios graves!
¿Por qué no sales?

MERC. Ya sabes
que no me gusta.

FELIX. Si, sé...
Lo que sé es que te has propuesto,
y á esto yo no me acomodo,
reconvenirme por todo.

MERC. ¡Yo? Si nunca te molesto. (Asombrada.)

FELIX. Pon ojos estupefactos.

MERC. Yo he dichò...

FELIX. ¿Con eso vienes?
No, si no me reconvienes
con la boca, ¡es con tus actos!

MERC. ¡Yo!...

FELIX. Y esto de armar camorras
por quítame allá esas pajas...
Si me divierto, trabajas,
si sabes que gasto, ahorras;
si tardo, te èstás en vela,
y tanta otra cosa y tanta...
¡Amigo, esto no lo aguanta
ni un chiquillo de la escuela!
Si alguna vez te quejaras
otra vida deseando;
si al menos de vez en cuando
me riñeras y lloraras...
Siempre víctima de amor
que dardo agudo traspasa,
y yo siempre haciendo en casa
los papeles de traidor...
Es una vida infernal
la que llevo hace un trienio.
¡Conque ó tú mudas de genio
ó yo me tiro al canal!

MERC. Perdon, si sin intencion
te reconvine.

FELIX. ¿Eso infieres?
Pues no es eso, ¡es que tú eres
la misma reconvencion!

MERC. ¡Jesus! Piensas unas cosas...
¡Eh!... Ven á ver al chiquito.
Ya dice papá clarito.
FELIX. No. (Preocupado.)
MERC. Sí.
MANUEL. ¡Oh! modelo de esposas. (Entrando.)

ESCENA V.

DICHOS, MANUEL.

FELIX. ¿Despiertas? (Con ironia.)
MERC. Manolo, adios.
¿La noche buena?
MANUEL. Esquisita.
(¡Qué preciosa!) (¡Pobrecita! (Á Felix.)
No tienes perdon de Dios.
FELIX. ¡Eh!)
MERC. Perdónenme que huya.
Los quehaceres...
MANUEL. (¡Deliciosa!)
(¡Si yo tuviera esta esposa!
FELIX. ¡Si tuviera yo la tuya!)
MANUEL. (¡Pícaro!)
FELIX. (¡Esto escandaliza!)
MERC. Ea, adios. (Ha estado recogiendo la costura.)
MANUEL. ¡Ya!
MERC. Mal mi grado.
Mas el niño áun no ha almorzado;
y como soy su nodriza...
MANUEL. (¿Ves?
FELIX. Sí.)
MANUEL. Aguárdate. (¡Mastuerzo!)
Siquiera un cuarto de hora.
MERC. ¡Ah!... No puedo.—Oigo que llora.
(Escuchando.)
Es que me pide su almuerzo.

ESCENA VI.

FELIX, MANUEL.

MANUEL. Eres digno de un presidio.
¡No hacer caso de una esposa
tan buena! ¡tan cariñosa!
FELIX. ¡Chico, comprendo el suicidio!
MANUEL. ¡Si tuvieras que lidiar
con aquella! Nunca hay calma.
FELIX. ¡Ay, Manolo de mi alma,
si pudiéramos cambiar!
MANUEL. ¡Ojalá!—Siempre el reproche
tiene en la lengua.
FELIX. ¡Hechicera!
MANUEL. Me ha armado una pelotera
ahora mismo *soto voche*...
FELIX. ¿Cómo?
MANUEL. Se ha entrado resuelta;
y porque ayer no he venido...
FELIX. Ya se vé, no habrá dormido!
MANUEL. ¿No dormir? Á pierna suelta.
FELIX. ¡Duerme? ¡Celestial! (Rápido.)
MANUEL. ¡Pues no!
Solo por bailar trasnocha.
FELIX. ¡Baila? ¡Divina! ¿Y derrocha?
MANUEL. Tututú... Doble que yo.
FELIX. Ni pasada por tamiz!
Y dime, ¿es aficionada
á coser?
MANUEL. No da puntada.
FELIX. ¡Y no cose! ¡Hombre feliz!
MANUEL. Muchacho, ¿te has vuelto loco?
Eso es salirse de quicio.
FELIX. Mira, yo tendré algun juicio;
mas debe de ser muy poco.
—Oye, y mis duros quebrantos
escucha de pena lleno.
Yo nací para ser trueno
como otros para ser santos.
Aun niño, al mundo me eché

como tú jamás pensaste.

MANUEL. Pero si tú me educaste.

FELIX. Es cierto, yo te eduqué.
Pues, alumno, es la verdad
que por más que vaya y venga,
no hay un hombre que no tenga
algo de fragilidad.
La tuve, me enamoré;
la garganta puse al hierro;
dispuse mi propio entierro,
quiero decir, me casé.

MANUEL. Al fin de toda comedia
el primer galan se casa.

FELIX. Cierto. Lo que luego pasa
constituye la tragedia.
—Pues, señor, mi último dia
llegó.

MANUEL. No me apesadumbres.

FELIX. Quise mudar de costumbres;
pero, chico, ¡me moria!
El reposo que hay aqui, (Sombrio.)
esta calma, este quietismo,
este hacer siempre lo mismo
no se han hecho para mí.
Esta casa es un retablo
que á la virtud se levanta.
Mercedes es una santa;
y yo necesito un diablo.
Volví á lanzarme á la mar.
¿Pensarás que se enojó,
que hubo riñas, que lloró,
que á su vez quiso gozar?...
No! Cuando por mi aspereza
y por lo mal que la trato
espero que coja un plato
y lo rompa en mi cabeza...
llena de santo cariño, (Conmovido á su pesar.)
con la sonrisa en la boca,
me cuenta de gozo loca
¡alguna gracia del niño!

MANUEL. Pues, chico, eso es un tesoro. (Conmovido.)
Con esa mujer al lado

no se está, Felix, casado.

FELIX. Pues eso es lo que deploro,
No sabes lo que es volver
toda la noche de orgia,
á casa ya entrado el dia,
y encontrar á una mujer
que no ha dormido esperando,
y que no exhala una queja;
que al verte todo lo deja
su pena disimulando.
Tú no comprendes el mal
de hacer que otra esté lujosa
y ver que tu propia esposa
viste traje de percal.
No ves lo que martiriza
contemplar de qué manera
lo que tú derrochas fuera
ella en casa económiza.
Y todo sin acritud,
sin que recompensa aguarde,
sin hacér jamás alarde
de tan inmensa virtud...
Créeme: esta es una pena
que á otra alguna yo no igualo.
¡Ya que tengo que ser malo
no la quisiera tan buena!

MANUEL. Pero siendo tan bendita,
¿porqué te hace padecer?

FELIX. ¿Por qué? ¡Porque esa mujer
es mi conciencia que grita!
Manuel, siempre la he de ver
en su retiro modesto
con actos que dicen: «esto
es lo que se debe hacer.»

MANUEL. Pues, señor, si eso es lo malo,
nunca tal mal de tí huya.

FELIX. ¡Ay! ¡quién me diera la tuya!

MANUEL. ¡Muy buena! te la regalo!
—Ya sabes cómo casé,
y que á Paris nos partimos,
y que ¡un mes! felices fuimos.
Pues señor, héte aqui que...

una noche, acostumbrado
á no tener quien me aguarde,
vuelvo á casa un poco tarde...
Hijo mio, ¡qué nublado!
Empieza el «ya no me quieres;»
«los que aman esto no hacen;»
y lo de «¡para esto nacen
las pobrecitas mujeres!»
Y, chico, desde aquel dia,
postrero de mi placer,
mi mujer no fué mujer,
sino un dragon, una harpia.
Yo, huyendo la pelotera
y ansiando una paz sin tasa,
lo que no encontraba en casa
iba á buscármelo fuera.
Ella, gozar anhelando,
se dió al mundo y á vivir;
y sin dejar de gruñir
me está, chico, arruinando.
De los lances más sencillos
sospecha tramas infieles;
me revuelve los papeles,
me registra los bolsillos;
y yo sin resolucion
para romper el consorcio
con un prudente divorcio,
acepto esta situacion;
y por vencer al destino
sin dar una campanada
contra lo que ya me agrada
triunfo y juego y me arruino.
Ahí tienes mi historia negra.
Resúmen: el matrimonio
lo inventó el mismo demonio
con ayuda de una suegra.

FELIX. Chico, chico, es celestial. (Con cierta envidia.)
Esa mujer te disculpa,
y estás absuelto de culpa.
Tú de aqui no estarás mal. (Del corazon.)

MANUEL. Claro está: si asi no fuera
yo adorara á esa maldita.

¡Me parece tan bonita
cuando no busca quimera!

FELIX. Calla, calla.

MANUEL. Sí, es verdad.
Estoy el marido haciendo.
Vamos.

FELIX. ¿Adónde?

MANUEL. Corriendo.
Hoy barrunto tempestad.

FELIX. ¿Mas no almorzamos aqui?
Con tu mujer y la tia
yo cumplir asi debía.

MANUEL. ¡Quiá! No, no: vente á Lhardy.
¡Yo almorzar con ella! ¡Cá!
Todo lo que más me pesa
lo guarda para la mesa.

FELIX. ¡Hombre; pero estando acá!...

MANUEL. ¡Bah! Ya fraguará un complot.
Si como ella no hay ninguna.
Un dia me tiró una
chuleta á la papillot.

FELIX. ¡Hombre! (Con envidia.)

MANUEL. Si es insoportable,
si ni aun es persona humana.
—Convidaremos á Juana.
Esa sí que es chica amable.

FELIX. Eso no me tiene cuenta.
Si no vá Inés es mal trato.

MANUEL. Bien, bien. ¿Y á la noche?

FELIX. Un rato
se pasa al treinta y cuarenta...

MANUEL. Conque programa.—Lhardy,
casino, Juana é Inés,
y despues...

FELIX. Despues... despues...
¿Tienes tu sombrero?

MANUEL. Sí.

FELIX. Pues anda.

ESCENA VII.

DICHOS, ENRIQUETA.

ENRIQ. ¡Hola!
MANUEL. (Caí.)
ENRIQ. ¿Qué! ¿Los sombreros tomais? (Callan.)
¡Te vas? (Á Manuel.)
FELIX. Sí.
ENRIQ. ¿Y adónde vais?
MANUEL. Al teatro. (Con atolondramiento.)
ENRIQ. ¿Ahora?
MANUEL. Sí.
ENRIQ. ¿Pues qué? ¿Á la una hay funcion?
MANUEL. (¡Oh! Soy digno de un bozal.)
FELIX. Es concierto matinal. (Sonriendo.)
Uno que toca el violon. (Por Manuel.)
ENRIQ. Sí, sí. Ya se deja ver.
¡Á no estar Felix delante!...
(Á media voz, á Manuel.)
MANUEL. ¿Ves esto? ya no hay aguante. (Á Felix.)
FELIX. ¡Eh! ¡Chico! Vamos, mujer.
(Colocándose entre los dos.)
¡Á qué son esos enojos?

ESCENA VIII.

DICHOS, MERCEDES.

MERC. ¿Qué, os vais? (Con dulzura.)
ENRIQ. Sin decir adios.
MANUEL. (¡Esta es otra! Entre las dos
nos van á sacar los ojos!)
¡No, si es broma! Yo dejar...
FELIX. No es broma, tengo un asunto
que...
MANUEL. (Calla.)
MERC. (Sencillez.) Si lo pregunto
por si os hemos de esperar.
El almuerzo está...
MANUEL. ¡Ah! pues sí!...

(Hombre, ayúdame.)

FELIX. Lo siento,
pero hija en este momento
tenemos que hacer y...

MANUEL. Y...

FELIX. Y esta disimulará... (Por Enriqueta.)
porque los negocios...

MANUEL. ¡Pues!

FELIX. La deuda sin interés
(Como metiéndolo á barato.)
se dice que hoy subirá...

MANUEL. ¡Esó!

FELIX. Y con esta subida,
todo el papel del Estado.

MANUEL. Claro está. El consolidado... (Cerrando el puño.)

FELIX. Pues, chico, ¿y la diferida?
(Indicando con la mano la accion de diferir una cosa.)

ENRIQ. Serán cosas de gran monta;
nada habrá que las iguale;
mas lo que es Manuel no sale;
y si esta no fuera tonta...

MERC. (Mujer, que hay gente.)

ENRIQ. (Que haya.)
Por tí se verá perdido. (Á Mercedes por Felix.)

MERC. ¿Pues yo mando en mi marido?

ENRIQ. ¿No has de mandar!?

FELIX. (Apaciguándolos.) Vaya, vaya.

ESCENA IX.

DICHOS, CLARA.

Doña Clara aparece en el fondo derecha muy gozosa con una tarjeta en la mano.

CLARA. Enriqueta, niña, ven;
ven volando, que aquí está
mosié Alfredo. (Váse.)

ENRIQ. (¡Oh!)

MANUEL. ¿Cómo? ¿Ya
aquí ese títere? Bien. (Rápido.)

Ya sabes que no me gusta.

ENRIQ. Tampoco me gusta á mí (Id.)
que tú salgas. ¿Estás?

MANUEL. Sí.

ENRIQ. Pues vete: nada me asusta.

FELIX. Hombre, sí. ¿Te paras cuando
tanta falta hace que vengas?
Chico, no las entretengas,
que las estan esperando.
Mire usted que es fuerte empeño...
(Manuel no ha dejado de mirar á Enriqueta.)
—Hijo, que tiempo hay bastante
de mirarla. ¡Habrá tunante! (Entre los dos.)
—No me pongas ese ceño. (Á Enriqueta.)
Se nos prepara hoy un dia (Á Mercedes.)
tan sumamente ocupado...
Ahora, cuando aqui has entrado
Manuel el programa hacia. (Á Enriqueta.)
(Movimiento de sorpresa y temor de Manuel.)
Al ministerio á activar
lo del suministro. ¿Estamos?
(Mirada á Manuel.)
Un negocio en que nos vamos
completamente á llenar.
Despues tras de hacerles mil
cortesias á las mesas,
ver unas cuantas traviesas...

MANUEL. (¡Hombre!)

FELIX. De ferrocarril.
En esto poco se embolsa,
es verdad; pero, hija, asi
un poco aqui y otro allí,
se pasa. Luego á la Bolsa.
Y en jugando una partida
con títulos por baraja,
diez mil duros á que hay baja,
veinte mil á que hay subida, (Rapidez.)
os vuelvo á unir á los dos.
Estás hoy fascinadora.
Adios, prima encantadora.
Ea, adios.—Adios, adios.

ENRIQ. ¿Conque nos vas á dejar?

MANUEL. ¡Ya ves! Aunque otro es mi anhelo...
FELIX. ¡Vamos!...
MERC. ¡Ah! toma un pañuelo
y no dejes de almorzar.
FELIX. ¡Bien!...
(Los apartes siguientes casi simultáneamente.)
ENRIQ. (Se ha de acordar de mí.)
MERC. (Con paciencia Dios me asista.)
MANUEL. (La voy á perder de vista.)
FELIX. (Me duele el dejarla asi.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

FELIX, MANUEL, ENRIQUETA, DOÑA CLARA. Doña Clara y Felix aparecen sentados cerca del velador, que está inmediato á la chimenea, y Manuel, de pié, apoyado en ésta. Enriqueta sentada al piano. Las bujias de los candelabros de la chimenea encendidas, como tambien las de los velarios del piano.

CLARA. Niña, que se está enfriando. (Por el café.)
ENRIQ. Tómenlo ustedes; no importa.
(Sin dejar de tocar.)
MANUEL. Esquisito: esto es café.
FELIX. ¿No es verdad? ¡Tiene un aroma!...
(Enriqueta toca el aria «Addio del passato» de la Traviata.)
Lo que es para cafetera
Mercedes se pinta sola.
MANUEL. (¡Pobrecita!
FELIX. ¿Empiezas ya?
MANUEL. Es contigo tan mimosa...
FELIX. Quita allá, que me das rabia.)
CLARA. ¿Secretitos?
MANUEL. No, señora.
FELIX. No, le decia que antes
con el bocado en la boca

me iba al café. Pero un dia,
no recuerdo por qué ahora,
tuve que quedarme en casa;
y, amigo, me dió esa un moka
tan rico, tan delicioso,
que desde entonces no hay forma
de arrancarme de esta casa,
si antes café no se toma;
y si cómo fuera, creo
que me falta alguna cosa.

MANUEL. No, no, y es que cada dia
es mejor.

FELIX. Lo perfecciona.
Siempre está pensando en eso:
es su orgullo.

CLARA. Porque es tonta.
Tú no mereces que ella,
por darte gusto, se ponga
á ser casi una criada.

MANUEL. Cá, no, no, tia; asi logra
sujeto en casa tenerlo
una hora más.

CLARA. —Niña, tomas
esa taza?

ENRIQ. Venga.

FELIX. ¿Al cabo
triunfa el café de las notas?

CLARA. (Firme.) (Á Enriqueta.)

ENRIQ. Para todo hay tiempo.

MANUEL. Pues lo que es á mí me asombra
que estando con tu Traviata
te halles á venir tan pronta.
Tú no puedes figurarte
lo que esta criatura toca
esa pieza.

ENRIQ. Y hago bien:
me gusta.

CLARA. Y á más toda
la gente que es *diletante*,
quiero decir, *virtuosa*,
le entusiasma la expresion,
el sentimiento que brota

de los dedos de esta niña
cuando en las teclas los posa
para ejecutarla. Hoy
se la ha oido una persona
que entiende un poco de música,
algo más que un poco; ¡toma!
como que es francés...

FELIX. ¡Ah! entonces...

CLARA. Pues, nada, hijo, en una hora
tres veces se la ha escuchado.

MANUEL. Ese no habrá sido el posma
de Alfredito.

ENRIQ. Sí que ha sido.
Ya ves, lo que te incomoda
á otros les gusta.

MANUEL. ¡Tu mérito!...

ENRIQ. No; mas será el de la ópera.

CLARA. Eso sí; no es por ajarte.
Mas ¡qué Traviata! no hay otra.
Es verdad que aquel libreto
tiene un interés que arroba.
¡Qué último acto!

MANUEL. ¡Oh! si, el último...
lo que es á mí me enamora.
—Figúrate que Violeta (Á Felix.)
aparece en cama y sola
tose que tose. La fámula
oye la tos, se atolondra
y llama al médico. Este
pulsa, pregunta, inspecciona,
y frunce el hocico, como
si dijera en buena prosa:
«amigo mio, esta chica
se nos marcha por la posta.»
Ella tose y él se vá.
Entra el hombre que la adora,
ella se lanza del lecho,
—no te rias, lleva ropa,
que por decencia se acuesta
siempre vestida y con botas:—
se abrazan, tose otro poco,
y entre llantos y zozobras,

y entre ternezas y abrazos,
echa el pulmon por la boca,
y muere regenerada
y vá derecha á la gloria.
¡Todo esto cantado!

FELIX. ¡Hombre!

ENRIQ. ¿Sabes que aunque muy graciosa
y muy picante y muy fina
no me ha hecho gracia tu historia?

MANUEL. ¿Qué remedio!

ENRIQ. No contarla.

CLARA. Parece que te alboroza (Á Manuel.)
aguarle los gustos. (¡Firme!) (Á Enriqueta.)

ENRIQ. Déjalo. Si es que le enoja
hasta el ver que me distraigo.
¿Quisieras verme llorosa
devorando los ultrajes
que recibo á todas horas?
Pues no señor.

FELIX. Enriqueta...

MANUEL. Vamos, vamos...

CLARA. (Anda, tonta.)

ENRIQ. Ya hasta mis más inocentes
distracciones te incomodan.

MANUEL. Tengamos la fiesta en paz.

ENRIQ. Y esto cuando me abandonas
por entregarte á tus vicios;
cuando en matarme te gozas.

MANUEL. Mujer, mira que hoy me tienes
hasta aqui. No hagas que rompa,
que eso te tiene más cuenta.

ENRIQ. Es que si á hablar me provocas...

FELIX. Vamos, vamos; sois dos chicos.
Ir á armar una camorra
por quítame allá esas pajas...

CLARA. Si él le pincha... Ella...

FELIX. Si es broma.

ENRIQ. ¿Pero no ves cuál se pone?

FELIX. Es un niño, y tú una loca.

CLARA. Es que asi sucede siempre.

ENRIQ. Y esto ya no es vida.

FELIX. ¡Oiga!

¿Reniegas ya de las riñas
y apeteces otra cosa?
Pues oye un cuento, y aplícalo,
que, aunque de vieja, te importa.

—

Era vez de un matrimonio
como otros muchos del dia:
la mujer toda una harpia,
el hombre el mismo demonio.
Por «si me has hecho un desaire,»
por «si aquellos te miraban,»
todo el santo dia andaban
los bártulos por el aire.
Ella, sin piedad ni miedo,
lo ponia como un trapo;
y él le daba cada lapo,
hija, que cantaba el credo.
Meter paz quiso el alcalde;
no tuvo tanta ventura:
acudió el lugar al cura;
tampoco: todo fué en balde.
El cuerpo de ella era un mapa
cuya vista daba horror,
y su cardenal menor
podia pasar por papa,
sin que el marido el *te absolvo*
dijera que Cristo enseña,
—aunque ya no hallaba leña
con que sacudirla el polvo;—
cuando héte aqui que un señor
de peluquin y casaca,
—igual al que muelas saca
á caballo y sin dolor,—
llega á la aldea á vender
cierto remedio eficaz
para tener siempre paz
entre marido y mujer.
Oir decir que vendian
tal manantial de concordias
ella,—á quien ya las discordias
de su casa le dolian,—
(Haciendo la accion de sentir dolor corporal.)

é ir á la plaza anhelante,
más que al paso á todo trote,
á hacerse con algun bote,
obra fué de un solo instante.
—Hablaba el del peluquin:—
«Teniendo en la boca un buche
de este agua, no hay acebuche
que al más remoto confin
del cuerpo se atreva ya.
Si el marido se sofoca,
diez minutos en la boca
el buche y se calmará.
¡Diez minutos! No haya error.
Esta es la que se propina
la emperatriz de la China
cuando riñe el Gran Señor.»
—Probó; y por tan cierto pasa
como lo es la letania,
que desde aquel fausto dia
en aquella santa casa,
—gracias al dichoso bote
que cual reliquia se enseña,—
ya no se almorzó más leña
ni se comió más garrote.
Síntesis: den las más foscas
por respuesta... la callada.
Moral: en boca cerrada
jamás han entrado moscas.

—

ENRIQ. ¡Es decir que en nuestras riñas
yo tengo la culpa toda
por no callar!

FELIX. No sé.

MANUEL. Aplícalo.

CLARA. Pues, hijo, esta no es tan boba
como la pobre Mercedes.

ESCENA II.

DICHOS, MERCEDES.

MERC. En nombrando al rey de Roma...

¿No se me guarda mi taza?

FELIX. Sí, hija mia, sí, perdona.
Ahí la tienes, con su azúcar,
su cucharilla y...
(Sirviéndole el café con extremada solicitud.)

MANUEL. (¡Hipócrita!
Compara.

FELIX. ¡Sí! desfilemos.)

CLARA. ¿Y el niño?

MERC. Fuí una medrosa.
Parada [1]—el médico—dice
que hoy la calentura es corta.

FELIX. Pues qué, ¿está?...

MERC. Impertinentillo.

FELIX. ¡Bah, bah! por nada te azoras.
—¿Vamos á echar un cigarro (Á Manuel.)
á mi cuarto?

MANUEL. Sí.

CLARA. Y nosotras (Á Enriqueta.)
á ver si ha traido eso
la modista.

MANUEL. (¡Uy! ¡Pobre bolsa!)
Vamos. (Á Felix.)

ENRIQ. (Cuando hay gente extraña
bien te luces á mi costa.

MANUEL. Mujer!...)

ENRIQ. Anda, anda á fumar.

MANUEL. (Échala un sermon y dómala!) (Á Mercedes.)

MERC. (Vuelve, que tengo que hablarte.) (Á Manuel.)

FELIX. (Que hoy vamos á hacer la gorda.
Templa á tu mujer.) (Rápido á Manuel.)

MANUEL. (Á Enriqueta muy meloso.) Chiquita...

---

1 El autor de esta comedia no puede menos de consignar este nombre propio, que es el de un jóven médico de esta córte, tan apreciable por sus excelentes dotes morales, como distinguido por su sólida instruccion en la noble y difícil ciencia que profesa. Á ello le mueve la amistad que le une con quien tan dignamente lo lleva, y la gratitud que le merece, porque, despues de Dios, ha debido su salud, y tal vez su vida, á su celo y sus conocimientos.

ENRIQ. (¡Ya nos veremos á solas!)
(Cogiéndole por el brazo.)
—Voy, Clara. (Indicándola que la seguirá.)

MANUEL. (¡Ó viudez, ó muerte!)
(Al cielo, y llevándose la mano al brazo.)

FELIX. (Este al fin se desahoga.)
(Mirando con envidia á Manuel.—Antes habrá pasado donde está Mercedes y la habrá acariciado.)

CLARA. *O revuar*—hasta la vista.
(Á un movimiento de Manuel, y váse.)

FELIX. *A la bon her*—hasta ahora.
(Burlándose de Doña Clara, y váse seguido de Manuel por el foro derecha.)

ESCENA III.

MERCEDES, ENRIQUETA.

ENRIQ. ¡Qué iguales son! ¡Qué igualitos!
¡Por un cigarro nos dejan!

MERC. ¡La costumbre! ¿qué han de hacer?
Desde niños los enseñan.

ENRIQ. ¡Uy! siempre la misma.

MERC. Prima,
hablemos de cosas sérias.
¿Qué has pensado de ese baile?

ENRIQ. Mira, ya estaba resuelta
á quedarme en casa.

MERC. Bueno.
No sabes cuánto me alegras.
Porque, mira, no es que yo
que des un mal paso tema,
no. Pero prima, ese Alfredo
te rogó con tanta fuerza
que no faltaras; estuvo
tan pesado en su insistencia
y al rogarte te miraba,
yo no sé, de una manera...
que me parece,—perdona,—
me parece que si fueras
acudias á una cita.

ENRIQ. ¿Qué estás diciendo? Tú sueñas.

Alfredo... ¡Pobre muchacho!

MERC. Bien, tú dirás lo que quieras.
Pero, hija, tantas visitas...

ENRIQ. Es muy fino.

MERC. Si lo piensas
verás lo que yo. He notado
que se toma unas franquezas
contigo...

ENRIQ. Vamos, Mercedes,
ves visiones, exageras.

MERC. Y luego dale que dale
con contarte las flaquezas
de Manuel: yo no he creido
ni una palabra, ni media,
de cuanto ha dicho; mas pienso
que aunque fuesen verdaderas,
no estaba bien ir á darle
á una señora esas nuevas
de su marido.

ENRIQ. Es mi amigo.

MERC. Pues por lo mismo debiera
hablar de otro modo. Mira
qué pronto le até la lengua
en cuanto fué á hablar de Felix.

ENRIQ. Pero, hija, y aunque así sea,
yo ¿qué he de hacer? No lo creo.
Mas basta que un hombre sepa
que su marido abandona
á una mujer que no es fea,
para creer que se halla
autorizada á quererla
y á decírselo. Yo, hija,
¿quieres que me ponga séria
porque zutano ó mengano
me mira ó me galantea?
¡No fuera poco ridículo!

MERC. ¿Pero no ves que das pena
á tu marido?

ENRIQ. Que pene.
¡Vaya! Que él en más me tenga,
que lo haga ver, y no habrá
un hombre que se me atreva.

MERC. Hija, la desventurada
que en nuestro estado se encuentra,
á dar que decir al mundo
más que ninguna está expuesta.
»Su marido la abandona.»
«¿Por qué será? Tal vez ella...»
Y hay que andar con pies de plomo,
porque si no... ya ves, cuentan
lo que no es verdad.

ENRIQ. Bien, sí.
Mas yo, ¿qué he de hacerle?

MERC. Piensa
que tú más que él vas perdiendo.

ENRIQ. Pero si un hombre me asedia...

MERC. Crées tú que á mí ninguno
de amor me habló?

ENRIQ. Enhorabuena.
Ya ves que es de ellos la culpa.

MERC. Pero, hija, la pena es nuestra.

ENRIQ. ¿Y cómo evitarla?

MERC. Haciendo
lo que he hecho yo.

ENRIQ. ¡Ah! tú te encierras
en tu casa por no oir...
¡Chica, chica, eso es ser necia!
¿Conque porque mi marido
goce y triunfe y se divierta,
me he de convertir en monja
y he de hacer mi casa celda?
No faltaba más. ¿Qué premio
te valdrá tal penitencia?

MERC. Me valdrá que cuando Felix
un dia, que siempre llega,
vuelva en sí y desée calma
y ansíe la paz doméstica,
vendrá á mí, y seré dichosa
porque he sabido ser buena.

ENRIQ. Comprendo. Cuando él sea viejo,
cuando tú te encuentres vieja.
¡Vaya un porvenir de rosas!

MERC. Ahora si que tú exageras.
Ya á Felix de lo que hace

le remuerde la conciencia;
no tardará en ser muy otro.

ENRIQ. ¿Y en tanto que se resuelva?...

MERC. Paciencia.

ENRIQ. ¿Y si se arruina?

MERC. Paciencia.

ENRIQ. ¿Y si te desdeña?

MERC. Callar.

ENRIQ. ¿Y si quiere á otra?

MERC. Hija, callar y paciencia.

ENRIQ. ¿Y dices tú que le quieres?

MERC. Más que nunca.

ENRIQ. No lo creas.
La que cual tú se conforma
no puede querer de veras.
Eso es frialdad, no cariño.

MERC. ¡No digas eso, Enriqueta!
(Fuera de sí y con mucha energía.)
Cuando así traducen este
puro amor que mi alma llena,
noto que mi fé vacila,
siento que me faltan fuerzas!

ENRIQ. Prima, tú te has educado
en muy diferente escuela
que yo. Desde pequeñita
ya preferiste á la nuestra
la sociedad de tu ama
de leche, de aquella vieja
que Clara ver no podia.

MERC. ¡Oh! sí; pobre Magdalena.
De ella, aunque en hablar tan ruda,
aprendí yo esta sentencia:
«El ser buena es una ganga.
Para ser feliz ¡ser buena!»

ESCENA IV.

DICHAS, MANUEL.

MANUEL. Aqui me tienes, Mercedes.
—Hola, ¿está contigo ésta?...
(Quiere hacerle una caricia.)

ENRIQ. ¡Quita! Hueles á cigarro.
MERC. (¡Mujer!)
MANUEL. (¡Otra pelotera!)
Me aparto.
ENRIQ. No te molestes.
Os dejo, porque me esperan
para que el traje de baile
que acaban de hacerme vea.
MANUEL. (Y aquel varon pacientísimo
á todo callaba.)
MERC. (¿Intentas
ir al baile?
ENRIQ. ¿No he de ir?
MERC. Haces mal.
ENRIQ. Ya estás molesta.
¿Te pido consejos yo?) (Váse.)
MANUEL. ¿Ves? ¿ves qué cara de fiera?

ESCENA V.

MERCEDES, MANUEL.

MERC. ¡Su carácter!... Quiero hablarte
cabalmente para eso.
MANUEL. ¿Vas á echarme una peluca
tú tambien? Mira que tengo
razon, que ya me rebosa
por cima de los cabellos.
¿No ves qué modo de irse
cuando con tal mimo vengo?....
MERC. Bien, Manuel; mas donde hay lucha
no puede haber nada bueno,
y entre dos lucha no existe
si uno de los dos no es terco.
MANUEL. Pero si soy un bendito.
MERC. No tánto. Tú le das celos.
Y eso, agriándola el carácter,
da el resultado que vemos.
¡No te santifiques!...
MANUEL. Mas
si cuando yo ni aun pretexto
daba para que asi fuera

ya era asi.

MERC. No disputemos...

MANUEL. Pero si yo...

MERC. Sí, sí, tú;
¡ya eres bueno!

MANUEL. Y más que bueno.
Ni hecho de encargo se halla
un marido más completo.
Me estaba mirando en ella;
no tenia más deseos
que darle gusto... Porque
la queria con un fuego...
de una manera, Mercedes...
¿Qué la queria! La quiero.
Á pesar de todo, estoy
tan amelonado y ciego,
que hay que tomar un trapito,
cogerme con mucho tiento
y echarme por la ventana.

MERC. Entonces, ¿por qué viviendo
estás del modo que vives?

MANUEL. Hija, porque no hallo medio.
Si ella fuera como tú...
Pero, no señor. Que entro
un poco tarde... ¡camorra!
—que me marcho... ¡otra te pego!
y si toso, si estornudo,
si algo escribo, si bostezo...
por lo más pueril y tonto
armada ya la tenemos.
Mira, tomé la costumbre
de escribir en un cuaderno
lo que gastaba: ponia
café, teatro, vegueros...
etcétera. Las etcéteras,
hija, aqui se le pusieron, (En el entrecejo.)
y en un año no le oimos
más que repetir con ceño:
«¿qué etcéteras serán estas
que cuestan tanto dinero?»

MERC. Ya ves. Tú mismo lo dices. (Sonriéndose.)
Todo es de su amor exceso.

MANUEL. Será; mas yo no he nacido
para encender tales fuegos.
Si eso es querer demasiado,
que se temple y quiera menos.
MERC. Pillito! Si tú estuvieras
en tu casa...
MANUEL. Es que no puedo.
No creas, no es por mi gusto.
Es porque si en ello pienso,
un dia cojo el revólver
y me hago volar los sesos.
MERC. Manuel, mira: ella es así.
¿De parte de quién creémos
que debe estar la prudencia?
MANUEL. De... (Rápidamente.)
MERC. No: de la del más cuerdo.
Esto es ir muy mal, Manuel.
Ella es buena: yo lo veo;
pero como tú estás siempre
fuera de tu casa, y luego,
por más que digas, la tratas
con poco ó ningun afecto,
ella se fastidia aquí
y, Manuel,—piensa bien esto—
la mujer que sólo hastio
en los cuidados domésticos
encuentra, no te diré
que se incline á devaneos
precisamente, mas cerca
se encuentra ya de quererlos.
MANUEL. ¿Qué? ¡Tú sabes algo?...
MERC. ¡Quita! (Sonriéndose.)
No: sus instintos son rectos;
conoce bien sus deberes...
te tiene cariño; pero
se fastidia.
MANUEL. El francesito...
Yo tengo escama hace tiem po...
MERC. ¡Qué disparate! Ni ese
ni ninguno de los ciento
que viendo que la abandon as
la rodean, debe el sueño

quitarte. Mas es tan jóven,
tan linda, con tal gracejo,
que no puede su marido
exponerla á los obsequios
de los mil, que sus flaquezas
le cuentan para hacer méritos.
Figúrate, qué desgracia
para los dos, si por esto
se le antoja al mundo un dia
forjar de Enriqueta un cuento.
Tú sin honra y en ridículo;
ella blanco del desprecio,
y hasta aquel pobre angelito,
fruto del cariño vuestro,
que os habeis dejado en Francia
olvidado, si cual pienso
vé á sus padres separados
y sin bienes,—porque temo
que al paso que vais los dos
pronto llegará ese tiempo,—
hasta aquel ángel vá á verse
en vuestra desgracia envuelto.
(Manuel se lleva una mano á los ojos y vá á contestar, cuando oye á Felix y se queda ensimismado.)

ESCENA IV.

DICHOS, FELIX.

FELIX. ¡Hola! ¿Hay conferencias?
MERC. Sí.
FELIX. Te sermonëa. ¡Preciso! (Á Manuel.)
MANUEL. No. (Secamente.)
FELIX. ¿No? Pues con tu permiso.
—Oye: ¿tienes por ahí
(Á Mercedes, muy mimoso.)
la llave del jardin?
MERC. Creo
que en mí cuarto. ¿Te la doy?
FELIX. Hazme el favor. Quiero hoy
llevarla, porque preveo
que hemos de volver muy tarde.

Asi con más libertad
vamos, sin necesidad
de que nadie nos aguarde.

MERC. Bueno...

FELIX. ¡Manuel!
(Dándole en un hombro, como para sacarlo de su ensimismamiento.)

MANUEL. ¿Es decir (Tratando de dissmular.)
que hay otra puerta en la casa?

FELIX. Sí; por donde nadie pasa.
¿No la has visto ahí al salir
en la cerca?

MANUEL. ¡Ah! sí. Ya caigo. (Distraido.)

FELIX. Subimos; abro esa puerta
(Señalando á la del pasillo del foro.)
y á ninguno se despierta.

MERC. Conque, Felix, ¿te la traigo?

FELIX. Sí, hija, sí.

MERC. Pero venid
prontito; ¿sí?

MANUEL. ¡Sí!

FELIX. Se hará
lo posible. (Con cómica formalidad.)

MERC. Esto ya está
casi fuera de Madrid...
y de noche... Ya tú ves...
Siempre tarde se retira. (Á Manuel.)
—Mudémonos. (Á Felix.)

FELIX. No, no; mira,
aunque el jardin chico es,
¿piensas tú que vas á hallar
casa con él en el centro?
Tú no sales de aqui dentro
y tienes que pasear.
Que hay distancia? Me la zampo;
y si no tomando un coche...

MERC. De dia, bien; mas de noche...
Esto linda con el campo...

FELIX. Y te asustas, ¡ya se sabe!
No seas niña. Con el gas
y los serenos á más...
Anda, corre por la llave.

MERC. Bien. Voy á traerla y...
á hacer al niño un cariño.
(Como para recordárselo.)
MANUEL. ¡Qué madraza! (Contemplándola con envidia.)
FELIX. (Sonriéndose.) Siempre el niño.
MERC. ¡Se parece tanto á tí!...
(Bajando los ojos, y váse.)

ESCENA VII.

FELIX, MANUEL.

MANUEL. ¡Ya ves! Compara.
FELIX. ¿Con qué?
MANUEL. Con todas, sin excepcion.
FELIX. Hasta con tu Concepcion?
MANUEL. ¡Bah! No me hables de eso.
FELIX. ¿Eh?
Chico, ¿tú echas gravedad?
MANUEL. Estàmos siendo dos pillos.
FELIX. ¡Pero tiene unos ojillos
tan tunantas!...
MANUEL. ¿No es verdad?
FELIX. Y luego aquel contoneo,
y aquel mimo y aquel trato...
¡Vamos á pasar un rato!...
MANUEL. No, yo no voy.
FELIX. ¿No?... Te veo!
MANUEL. No, no: es que estoy decidido.
FELIX. ¡Ah! ¿vas á darte importancia?
Pues la idea de ir á Francia
de quién, gran tuno, ha salido?
MANUEL. De mí. Mas si me desuellas
no voy ya.
FELIX. Pues si no vamos...
te aseguro que quedamos
ambos lucidos con ellas.
MANUEL. Modo habrá de que recobres
tú con la tuya tu puesto.
Lo que es á mí...
FELIX. ¡Y para esto
plantar á las otras pobres!

MANUEL. Chico, chico, harto han chupado.
La Juana era doña Pido.
FELIX. No, pues si yo me descuido
me come Inés un costado.
MANUEL. Pues hombre, si aun te contristan
no serás tú poco tonto.
Si no las dejamos pronto
nos dejan ellas *per istan*.
Mira, aqui debo tener...
(Buscando en el gaban.)
—¿En dónde lo he puesto yo?
¡Ah! la Juana me mandó
(Dando con lo que buscaba.)
este regalito ayer.
(Una cuenta de modista.)
FELIX. Hombre, sí: te sale cara.
(Despues de ver el importe.)
MANUEL. Y eso es los trajes, que luego...
FELIX. Pero, chico, echa eso al fuego.
Si tu mujer lo pillara...
MANUEL. Calla, tonto, qué he de echar...
¿Piensas tú que esto se aguanta?
Esta cuenta, esa tunanta
se la tiene que tragar. (Se la guarda.)
FELIX. ¡Un trueno! chico, tú vales
un Perú. Estoy á tu lado.
Andando.
MANUEL. Aunque bien pensado,
como todas son iguales...
FELIX. Hombre, eso no, las de ahora
dignas son de que se aprecie...
MANUEL. Bien: esas son de otra especie.
FELIX. La mia es una señora.
MANUEL. ¿Pues y la otra? ¡Una *mis*!
Y de muy noble apellido.
FELIX. Y hasta ahora, más no han pedido
que ese viajillo á Paris.
MANUEL. Sí; la verdad se confiesa.
FELIX. Verás como nos desquitan
éstas. ¡Ya ves tú! Nos citan
al baile de la condesa!...
MANUEL. Yo no voy.

FELIX. ¡Vaya si irás!
MANUEL. No.
FELIX. Pero ¿qué te ha pasado?
MANUEL. Hombre, nada, que he pensado
y me trasformo: no hay más.
FELIX. Embustero... ¿qué has de hacer? (Riéndose.)
MANUEL. No hay más remedio en lo humano.
FELIX. ¡Muchacho!—Aqui anda la mano
(Ocurriéndosele de pronto.)
de mi señora mujer.
MANUEL. Es verdad.
FELIX. Si hablar la dejas...
¿Pero cómo ha sido esto?
MANUEL. No lo sé; pero me ha puesto
coloradas las orejas.
FELIX. ¡Cá! ¡Si no es anfibológica
la niña!
MANUEL. Y sus opiniones
apoya en tales razones
y con tal fuerza de lógica...
FELIX. Ya conozco...
MANUEL. Me ha hecho ver
que, ó yo me aparto del vicio,
ó que voy á un precipicio
y á él arrastro á mi mujer;
y, ó me convierto este invierno,
ó paso la pena negra.
FELIX. Á tí te lo digo, suegra,
entiéndelo tú, mi yerno. (Señalándose.)
MANUEL. Y en fin, que soy un truhan
me ha demostrado con maña.
FELIX. Nada, chico; no me extraña.
¡Si sabe más que Brijan!
Aunque es así tan sencilla
cuando una cosa repudia...
yo no sé con quién estudia
esta pícara chiquilla!
MANUEL. Y luego, chico, el francés...
FELIX. Bah! bah! no pienses en eso.
MANUEL. Me escama; te lo confieso.
Si ahora diera yo un traspiés...
Y esto tambien... ¿Qué dirias

(Indicando dinero.)
que me cuesta esta campaña?

FELIX. No sé.

MANUEL. ¡Yo que vine á España
para hacer economias!

FELIX. ¿Qué? ¿Estás mal?...

MANUEL. ¿Mal? No. ¡Peor!

FELIX. ¡Pues tu mujer llevó un dote!...

MANUEL. Sí, sí, no tomó mal trote.

FELIX. ¿Y la tia?

MANUEL. Es un horror
lo que tira. En cada moño
gastar sabe un Potosí.
Su último maravedí
se fué en vestidos de otoño.

FELIX. Y aunque tronada se vé
¿no se acorta? ¡Es mucha Clara!

MANUEL. Pues si yo la abandonara...
que no la abandonaré...

FELIX. Bien, bien, eso me complace;
—aunque esa pícara vieja
á tu mujer aconseja
todo lo malo que hace.

MANUEL. Ya lo sé.

FELIX. ¡No, y tú tambien
dices tanta patarata!
Mientras más mal se les trata
(Confidencialmente.)
se les debe hablar más bien.
—Como Enriqueta no es sorda...

MANUEL. Ni muda tampoco.

FELIX. Estoy.
Mímala siempre, y más hoy
que vamos á hacer la gorda.

MANUEL. No, chico, yo no me pierdo.

FELIX. Mas ¿qué dirán?

MANUEL. Lo que quieran.

FELIX. En el baile nos esperan
para ponerse de acuerdo
sobre el viaje y ..

MANUEL. Sí, sí.
Mas no quiero más quimeras.

FELIX. Bueno, tú harás lo que quieras,
mas yo me marcho sin tí.
MANUEL. ¡Á Francia?
FELIX. Á Francia. Á gozar;
á no ver estas paredes,
á vivir donde á Mercedes
pueda un momento olvidar.
MANUEL. ¡Tener un ángel y huir!
FELIX. Lo sé, lo sé, mas tú ignoras
que en mis más alegres horas,
cuando ya comienza á hervir
mi cerebro, que dormia
de las copas al compás,
en los instantes que más
me emberrenchino en la orgia,
cuando todos allí son
tan felices como cabe,
¡su imágen dulce y süave
viene á helar mi corazon!
MANUEL. Enmiéndate.
FELIX. (Con amargura cómica.) ¡Sí! Ya baja.
MANUEL. Hombre, no sëas chiquillo.
FELIX. Lo que entra con el capillo...
MANUEL. ¡Bah!
FELIX. Sale con la mortaja.
—Vaya, me voy á vestir.
(Sacudiendo las ideas anteriores.)
Acompáñame siquiera
al baile. De esa manera
te disculpas y...
MANUEL. Por ir...
mas como aquella no es manca,
preguntará dónde vamos.
FELIX. Que á una junta contestamos.
MANUEL. ¿De frac y corbata blanca?
(Felix se para un momento á la salida de Manuel.)
FELIX. El tapa-bocas... asi...
(Haciendo la accion de cubrirse el cuello.)
y luego con los gabanes... (Id. el cuerpo.)
Ven.
CLARA. ¿Junta de rabadanes? (Saliendo.)
¡Pobres ovejas!

FELIX. ¡Oh! aqui

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA CLARA.

usté? (Adúlala, Manuel.)
—¡Qué jóven está esta noche!
(Á Manuel, por Clara.)
Es la rosa cuyo broche...

MANUEL. No, no, ¡es el fresco clavel!...
(Imitando el tono exagerado de Felix.)

CLARA. ¡Niña! (Llamando escamada al oirlos.)

ENRIQ. Voy. (Dentro.)

FELIX. (Tu cara esposa.
(Á Manuel rápidamente.)
Huyamos del trueno gordo.)

CLARA. Aguardaos. (Queriéndolos detener.)

FELIX. (Hazte el sordo.) (Á Manuel.)

MANUEL. Es el clavel...
(Marchándose, pero recelando de Clara.)

FELIX. ¡Es la rosa!...
(Vánse hablando entre sí.)

ESCENA IX.

DOÑA CLARA, ENRIQUETA, á poco MERCEDES.

Enriqueta aparece en la puerta derecha al desaparecer Felix y Manuel por el foro, y doña Clara muy alarmada se dirige rápidamente á ella.

CLARA. ¡Esos tunos, hija mia,
flores me han estado echando! (Fuera de sí.)

ENRIQ. ¿Y eso?... (Sin comprender.)

CLARA. Eso es que estan tratando
de hacer una picardia.
No lo dudes. Vive alerta.

MERC. ¿Y Felix?
(Saliendo por la primera puerta izquierda. Trae una llave en la mano.)

ENRIQ. Ahora se ha ido.

CLARA. ¿Qué le quieres?
MERC. Me ha pedido (Viene llorosa.)
la llave de la otra puerta.
ENRIQ. ¿De cuál?
MERC. De la del jardin. (Muy preocupada.)
CLARA. ¿Ves lo que yo te decia? (Á Enriqueta.)
¿Y la trães?
MERC. ¡Vaya, tia!
(Dejando la llave sobre un velador.)
¿Pues qué he de hacer? Esto al fin...
cuando medios que rebocen
sus flaquezas van buscando,
muestra que vamos ganando,
pues ya que obran mal conocen.
CLARA. Tonta, más que tonta. Ahora
podrán entrar y salir,
sin dejar apercibir
cómo y cuándo y á qué hora!
Ríñela cual yo la riño. (Á Enriqueta.)
ENRIQ. ¿Estás llorando, mujer?
CLARA. ¿Qué tienes?
MERC. ¡Qué he de tener,
que se me muere mi niño!
ENRIQ. Su respirar era bronco...
CLARA. Es de llorar.
MERC. No, señora.
Ya el pobrecito no llora;
se me ha quedado hecho un tronco.
CLARA. El médico...
MERC. Ya ha ido Pepa
por él.
CLARA. Eso no será
nada.
ENRIQ. Nada, sí.
MERC. ¿Sí?...
ENRIQ. (¡Ah!...
(Viendo la llave que ha dejado Mercedes en el velador.)
No saldrá sin que lo sepa.)
(Guardándosela de manera que lo vea el público.)
—Pues nos quedaremos.
CLARA. No.

¡Vaya! por una bobada...
Eso al fin no será nada.

ESCENA X.

DOÑA CLARA, ENRIQUETA, MERCEDES, FELIX, MANUEL.

FELIX. ¿Se murmura? Aqui estoy yo.
CLARA. ¿Qué? ¿Os marchais?
(Felix y Manuel traen cubierta la corbata blanca con el tapabocas, y el frac con el gaban.)
FELIX. Y á toda priesa.
ENRIQ. Tú te tienes que quedar.
(Á Manuel, con cierto aire.)
MANUEL. ¿Sí?...
ENRIQ. Nos has de acompañar
al baile de la condesa.
FELIX. (¡Uy!
MANUEL. ¡Me dejó sin resuello!)
ENRIQ. No he de ir sola con la tia.
MANUEL. Es que... (Yo me quedaria;
mas ir y que note aquello...)
Hija, eso no puede ser.
CLARA. Disculpa. (Casi á un tiempo.)
ENRIQ. Engaños.
CLARA. ¡Parolas! (Id.)
ENRIQ. ¿He de ir sola?
CLARA. ¿Hemos de ir solas? (Id.)
FELIX. ¡Eh! dejáos entender.
Éste iria. Sí, señor.
—Pero está enfermo un amigo (De pronto.)
y lo vá á velar conmigo.
(Dame la llave.)
(Rápidamente á Mercedes. Ésta la busca.)
CLARA. ¡Ay, qué horror!
Ya halló por dónde escapar.
ENRIQ. ¡Cá! Si éste tiene un cacúmen...
FELIX. (No cedas.
MANUEL. Aunque me emplumen.
¡Irme entre ambas á zampar!)
CLARA. Pues yo no sé que se use
que siempre tan sola esté

una esposa.

FELIX. Diré á usté...
(¡Esa llave! (Á Mercedes.)

MERC. Aqui la puse...) (Aturdida.)

ENRIQ. Pues yo no me he de mostrar
más en público sin tí.

MANUEL. Eso quiero yo.

ENRIQ. ¿Sí?

MANUEL. Sí.
Ya eso da que murmurar.

CLARA. Pues nos das un gusto, hijo. (Rápido.)

MANUEL. Pues mayor le tengo yo.

ENRIQ. Pues nada, esto se acabó.
Lo quieres...

MANUEL. Es más, ¡lo exijo!

ENRIQ. Pues al tocador.

CLARA. (¡Si es broma!
Tratándolo á la baqueta
(Á Enriqueta que se levanta.)
ya ves cómo se sujeta.)

MANUEL. No, yo hoy no puedo...

ENRIQ. ¿No? Toma.
(Dándole una cuenta.)

FELIX. (¡Eh! mujer, vamos, que espero.) (Á Mercedes.)

MANUEL. ¿Qué es esto? (Por la cuenta sin desdoblarla.)

ENRIQ. ¿No está á la vista?
La cuenta de la modista.

MANUEL. ¿La cuenta? (¡Adios mi dinero!)
Pues, bueno, la pagaré,
(Despues de ver la suma, y guardándosela en la faltriquera interior del gaban casi fuera de sí.)
y con diez mil de á caballo
dejadme.
(Enriqueta, Manuel y Clara siguen disputando acaloradamente por lo bajo.)

FELIX. (¿Hija!.... (Á Mercedes, muy impaciente)

MERC. No la hallo.

FELIX. ¡Hola!... ¿Empiezas tú?...
(Cada vez más incomodado con ella.)

MERC. ¿Yo? ¡Qué!
(Sigue disculpándose.)

ENRIQ Y no es eso solo, no.

Es que ahora mismo me visto
y al baile voy.

MANUEL. (¡Jesucristo!
¡Si algo huele!...)—No, es que yo...
no te lo permito.
(Mercedes vuelve á buscar la llave y á escuchar á la puerta del cuarto donde se supone al niño.)

ENRIQ. ¿Qué?

CLARA. Pues irá...

MANUEL. Es que yo lo impido.
(Siguen hablando.)

FELIX. (¿La hallaste? (Tratando de reprimirse.)

MERC. No, la he perdido.

FELIX. No quieres que salga, ¿eh?
¿Aprendes?...
(Señalando al grupo que forman Manuel, Enriqueta y Clara, que siguen disputando.)

MERC. ¿Dónde la he puesto?
(Queriendo recordar.)
Como el niño ha empëorado (Muy afligida.)
tanto... no sé... me he atontado.

FELIX. ¿Conque el niño? Otro pretexto!
¿Al cabo empiezas?

MERC. Perdon. (Maquinalmente.)

FELIX. Tú no te figurarás
el gran gusto que me das.
¡Ahora ya tengo razon!

MERC. ¡Oh!
(Durante el aparte de Félix á Mercedes no han dejado de disputar los del otro grupo.)

ENRIQ. Á vestírnos:
(Mercedes va y viene á escuchar á la primera puerta izquierda: puede desaparecer por un momento.)

CLARA. Vamos.

MANUEL. Id.
Esto no hay ya quien lo aguante.
(Chico, á Paris al instante.

FELIX. Hombre, ¡bravo! ¡eres un Cid!)

ENRIQ. Entéralo.
(Á Manuel, al notar que habla aparte con Felix.)

CLARA. No harás mal.

ENRIQ. ¡Que un hombre su ingenio emplée

en tal miseria!

MANUEL. Hombre, lée.
(Sacando una cuenta del bolsillo.)
¡Me han gastado un dineral! (Dándosela.)

ENRIQ. Dí que tú furioso estabas...

CLARA. Á ver. Dáme acá esa cuenta.)
(Á Felix, quitándosela.)
«Por un vestido Magenta (Leyendo.)
»con cuello á lo Muley-Abas...
»Por un abrigo á lo rey
»de Nápoles en Gaeta...»
—Dí, ¿te has hecho tú, Enriqueta,
un Nápoles y un Muley? (Fuera de sí.)

ENRIQ. ¡Yo! ¿Cómo? Á ver: dáme acá.

FELIX. (¡Ay! ¡le has dado la de Juana! (Riéndose.)

MANUEL. ¡Jesus!)
(Desesperado y llevándose las manos á la cabeza.)

ENRIQ. «¡Juana Cruz!...» (Leyendo.)

CLARA. ¡Villana!
Alguna tunanta. (Rapidez.)

ENRIQ. ¡Ah!...
¿Conque asi el dinero empleas
de que tanto y tanto cuidas?
¿Conque das á esas perdidas
y á tu mujer regateas?

MANUEL. ¡Mujer, déjame!
(Muy movido todo y rapidez hasta el final.)

CLARA. ¿Dejar! (Por el otro lado.)
Conque ella no toca pito...

ENRIQ. No, nó; lo que aqui está escrito
(Por la cuenta.)
me lo tienes que pagar.

CLARA. Sí, señor.

ENRIQ. Y en el instante. (Casi á un tiempo.)

CLARA. Una esposa...

ENRIQ. Una mujer... (Id.)

CLARA. Tiene el derecho...

ENRIQ. El deber...

CLARA. Si esta tuviera un amante...

MANUEL. ¡Callad, callad, ó reviento!
(Queriendo separarse de ellas.)

CLARA. ¡Oh! (Sofocada.)

ENRIQ. ¡Conque despues de todo
áun me tratas de ese modo!
CLARA. ¡Jesus!
FELIX. Aqui de mi cuento.
(Tomo un vase del *verre d'eau.*)
¡Un buche!
(Presentando cómicamente el vaso lleno de agua á Enriqueta.)
ENRIQ. ¿Y hay quien lo escuche!
(Por Manuel, rechazando á Felix bruscamente.)
FELIX. ¿Tia?... (Presentándole el vaso.)
CLARA. Aparta. (Furiosa.)
FELIX. ¿Igual las dos?
Hijo, todo sea por Dios: (Á Manuel.)
á tí te ha tocado el buche.
(Presentándole el vaso.)
MANUEL. ¡Quita! (Pasa á otro lado.)
FELIX. (Bebe y callarán.) (Con energia cómica.)
MANUEL. Vaya para dentro. (Cómica resignacion, y bebe.)
ENRIQ. ¡Toma! (Fuera de sí.)
¡y lo estan echando á broma!
CLARA. ¡De misas se lo dirán!
(Manuel continúa inmóvil con los carrillos inflados por el agua.)
ENRIQ. Dí, ¿te parece que vale
más que yo?
(Manuel significa con la accion que no puede hablar.)
CLARA. Contesta, dí.
(Cada una por un lado.)
ENRIQ. ¿Te mofas? (Ya ciega de cólera.)
CLARA. ¿Dices que sí!
(Manuel vá poco á poco echándose para atrás.)
FELIX. ¡No te rias, que se sale!
(Felix hace que le limpia á Manuel la boca con el pañuelo, y lo empuja hácia la puerta foro derecha despues de darle el sombrero.)
¡Anda!
ENRIQ. y CLARA. (Á un tiempo.)
¡Pues si es regular
(Ciegas de cólera y obligándole á ir para atrás por lo movido de la accion.)
que trates á tu mujer

P. 7.

de este modo, vas á ver
cómo ella te va á tratar!

Telon

(Manuel, siempre con los carrillos inflados, se marcha seguido por ellas, que siguen hablando á un tiempo dentro hasta que caiga el telon.—Felix suelta la carcajada al verlos partir y va á seguirlos: de pronto se detiene y lanza una mirada á Mercedes, que permanece inmóvil cerca de la primera puerta izquierda. Vacila un momento y lanza de nuevo la carcajada y váse. Siguen las voces dentro. Mercedes, al ver partir á Felix, da involuntariamente algunos pasos hácia el foro, baja al primer término en la mayor desolacion; y dice los dos últimos versos, haciendo antes un esfuerzo y como contestando á otras ideas.)

MERC. ¡Los ojos cierra á la luz! (Rapidez.)
¡Va á gozar mientras yo muero! (Váse Felix.)
—¡Y sin embargo le quiero... (Arranque,)
y seguiré con mi cruz! (Mucha energía.)

(Siguen hablando dentro y se oyen tambien las carcajadas de Felix. Estos cuatro versos finales pueden suprimirse en la representacion y suplirlos Mercedes con la accion.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion de los anteriores.—Noche.

ESCENA PRIMERA.

MERCEDES, despues DOÑA CLARA y ENRIQUETA.

MERC. ¡Las dos ya!
CLARA. Nada, Enriqueta. (Dentro.)
No vuelvo á bailes contigo. (Saliendo.)
MERC. ¡Hola! ¿de vuelta tan pronto?
ENRIQ. (¡Aun levantada!)
(Contrariada. En la puerta del foro.)
CLARA. ¡Preciso!
¡Si es mucha niña esta niña!
Ha empezado con el pio
de volverse á casa, y nada,
á lo mejor me ha traido.
MERC. ¿Estás mala?
CLARA. ¡Qué ha de estar?
Es que vive de caprichos.
ENRIQ. No, Clara, no estoy muy buena.
Siento un cansancio, un fastidio.
CLARA. ¡Á tus años en un baile
fastidiarse! Es inaudito.
MERC. Pero si no estaba buena...
CLARA. Mire usted que es mucho tino
marcharse en aquel momento.

MERC. ¿Estaba el baile lucido?
CLARA. *Bursuá*, hija mia, *bursuá*.
No es por el baile mi dicho.
Figúrate que llegaron
tu Felix y Manolito.
MERC. ¡Ah!... ¿Felix?...
CLARA. Sí, divirtiéndose
muy amable, muy rendido,
muy coqueton... Ya sabrás
lo que ha hecho allí, lo que he visto.
MERC. Tia, perdóneme usted;
mas si lo que allí ha ocurrido
no hace favor á mi esposo,
mejor me estará no oirlo.
CLARA. Bien; con tu pan te lo comas:
yo de ti ya he prescindido,
mas de esta no, y lo que ha hecho
—te lo confieso—de fijo
una enfermedad me cuesta.
ENRIQ. Pero si él nada ha advertido;
si es que te haces ilusiones.
CLARA. ¡Qué ilusiones! Á esta elijo
por juez.
ENRIQ. Bien, bien; lo que quieras.
Es asunto concluido.
Vamos á dormir y...
CLARA. No,
no quiero que como á un chico
se me trate. Tú bailabas
y verlo bien no has podido.
Yo no le he quitado ojo.
Está furioso contigo.
MERC. ¿Pero quién?
CLARA. ¿Quién ha de ser?
Su marido.
MERC. ¡Su marido!
ENRIQ. Se empeña en que tiene celos.
Es un empeño ridículo.
MERC. ¡Jesus!
CLARA. Pues sí que los tiene;
y lo digo y lo repito.
Cuando por la quinta vez

á sacarte Alfredo vino,
le ví morderse los labios.

MERC. Bien; ¿pero tú has consentido
en bailar con ese hombre?

ENRIQ. Sí, cuatro veces ó cinco.

MERC. ¡Ay, prima! ¡qué mal has hecho!
Perdona si me permito
reprenderte; pero ahora
como nuestra tia opino.

CLARA. Claro, y si á cien lo preguntas
los cien te dirán lo mismo.

MERC. ¡Hacer que dude de ti
el hombre á que te has unido!
Ya verás cuántos disgustos
träe ese paso consigo.

CLARA. ¡Pues! como ve que te alejas
al punto en que has conocido
que aquello le disgustaba,
se quedará tan tranquilo.
Ya ¿qué te costaba, tonta,
esperar otro ratito,
y dar otro par de vueltas
con Alfredo?

MERC. ¡Tia!

CLARA. ¡Has visto
qué muchacha! Si hace esto
ya le tiene aqui rendido
de rodillas suplicándole
que perdone su extravio.
Comenzaba á tener celos;
flaqueaste, te has perdido.

MERC. Pero, tia...

CLARA. Con los hombres
¡firmeza! no hay más camino!

ENRIQ. Bien, Clara, bien; acostémonos.

MERC. No, no; por Dios te lo pido.
Espera á Manuel; refiérele
de cuanto has hecho el motivo.
Dile... dile la verdad,
que es lo mejor; que has creido
que despertando sus celos
te ganabas su cariño.

Y dile que te perdone,
porque por más que haya sido
tu intencion buena y laudable,
le faltas, ¡le has ofendido!

CLARA. No me queda más que oir. (Escandalizada.)
¿Conque cuando yo le riño
por lo que dejó de hacer
tú repruebas lo que hizo?
¿Conque áun te parece poco
lo que esta pobre ha sufrido?
No digo yo porque baile
con mengano ó zutanito,
que en eso nada le ofende;
mas si ésta no hubiese sido
buena cual es, si no hubiera
tenido siempre consigo
quien al bien la caminase
—que de eso yo me glorio,—
y fuera lo que otras muchas,
¿quién, dime, habria tenido
la culpa? ¿El que la abandona
por entregarse á sus vicios,
ó la víctima inocente
que juguete del destino,
sin guia y sin experiencia,
cayese en un precipicio?
¿Él mismo no da el ejemplo?
¿Si? Pues cúlpese á sí mismo.

MERC. Tia, hablemos de otra cosa.

ENRIQ. (No acabarán ¡qué suplicio!)

CLARA. No; si quiero que contestes.
En el caso que te he dicho,
¿á quién culpas? ¿Él no ha dado
el ejemplo y el motivo?

MERC. Tia, á mis ojos, jamás
disculparán extravios
de una mujer que se estime
deslices de su marido.

CLARA. Pero él, ¿no le dá el ejemplo?

MERC. ¿Y quién le manda seguirlo!

CLARA. ¿Él no comete un perjurio?

MERC. ¿Y á lo que encuentra usted digno

de vituperio en el hombre,
va usted á hallar paliativo
en la mujer, cuya honra
es un cristal quebradizo!
Los extravios de un hombre,
¿infaman nunca á sus hijos?
Tia, tia, aun suponiendo
—y aun suponerlo resisto—
que el desliz de un mal esposo
justificara el delito
de su mujer, nunca hallara
yo suficiente castigo
para la que infamia imprime
en el inocente niño
que dentro de sus entrañas,
ser de su ser, ha vivido!

CLARA. ¡Y no hay pasiones? La triste
á quien tratan con desvio,
¿no pudiera enamorarse?

MERC. No, señora, ni eso admito.
Idea que dentro un pecho
no se acoge con cariño
y se halaga, nunca toma
de aquel pecho el señorio.
Amor que crece, es porque
halagado fué al principio;
matárasele naciente
¡y nunca hubiera crecido!

CLARA. ¿Y qué dirás de ese amor
que áun se oculta de sí mismo?

MERC. Que corazones que tienen
para esos amores sitio
donde puedan esconderse,
son corazones podridos.
Que el corazon de una esposa
debe ser, señora, un libro
donde todo cuanto sienta
pueda leer su marido!

ENRIQ. ¡Qué severidad, Mercedes!

CLARA. Tú no marchas con el siglo.
Pues sabe que...

ENRIQ. Vamos, Clara.

¿No ves que es tiempo perdido
el que gastas con Mercedes?
Ella tiene sus principios...

CLARA. Asi tendrá el fin.

ENRIQ. Bien, déjala,
y á dormir. Yo siento un frio...

CLARA. Pues tira del llamador.

ENRIQ. ¿Para qué?

CLARA. ¿Estás en el limbo?
para que vengan las chicas
á desnudarme.

ENRIQ. ¡Ay, Dios mio!
Si al entrar les dí á las dos
(Con fingida sencillez.)
para acostarse permiso.

CLARA. ¡Bien! ¿Y quién va á desnudarme?

MERC. Yo, tia.

CLARA. Tienes un tino... (Á Enriqueta.)

MERC. Se levantan tan temprano...
—Despues que haya concluido (Á Enriqueta)
con la tia, iré á tu cuarto
á prestarte igual servicio.

ENRIQ. Eso no, ni que lo pienses. (Rápidamente.)

MERC. Pero...

ENRIQ. No te lo permito.
Lo que harás será acostarte,
ó creeré que tu marido
hace que en vela le esperes.

MERC. Pero si esto es por mi hijo.

CLARA. ¿No ha mejorado?

MERC. Eso dicen;
pero está tan palidito...

CLARA. Vamos, tú vas á matarte.

ENRIQ. Ó te acuestas, ó reñimos.

MERC. Bien, bien, me recogeré
si sigue durmiendo el niño.
No te exaltes.—¿Vamos, tia?

CLARA. Sí, que el corsé maldecido
me está triturando.

ENRIQ. (¡Ah!...) (Se sienta al piano.)

MERC. Toma.
(Dándole un candelero á Enriqueta.)

ENRIQ. Voy, voy. (Tocando algunas notas.)
CLARA. ¿Qué haces?
ENRIQ. Repito
estas notas, que no quiero
olvidar.
CLARA. ¡Sí, tus caprichos!
¿Y aquel afan de acostarte?
ENRIQ. Si voy ya.—Que no permito
que vuelvas.
MERC. Bueno.
ENRIQ. ¿No guardas
contra mí algun rencorcillo
por mis riñas?
MERC. ¡Yo, Enriqueta?
ENRIQ. Pues un beso y á dormirnos.
MERC. Adios.
ENRIQ. Ea, hasta mañana.
CLARA. *Bon nuí.*
(Enriqueta se vá por la puerta derecha, y Clara y Mercedes por la segunda izquierda.)
ENRIQ. ¡Se fueron! Respiro.
(Presentándose de nuevo en la puerta.)

ESCENA II.

ENRIQUETA.

Apenas han desaparecido cuando vuelve á salir con mucha precaucion.

Temí que no me dejaran.
¡Qué ansiedad! No hay otro sitio
por donde pase, y creia
que del rostro en lo intranquilo
leyendo estaban mi angustia.
—Ni el más ligero ruido (Con cierta envidia)
viene á turbar el sosiego
de esta casa.—¿Por qué tímido
late el corazon? Merçedes
hace poco que se ha ido
y aun tardará. ¿Mas si acaso
se despertara su hijo?...
—No, tan igual como dulce (Escuchando.)

su respiracion percibo
que llega á mí. Duerme el sueño
angelical de los niños.
—Tambien yo así he reposado,
yo tambien así he dormido. (Con amargura)
¡Ya no!—Vamos.
(Se dirige al foro resueltamente.)

MERC. ¡Enriqueta!

ENRIQ. (¡Oh, Mercedes! ¡Me he perdido!)

ESCENA III.

ENRIQUETA, MERCEDES.

MERC. ¿Te has puesto mala?

ENRIQ. No, prima.

MERC. ¿Qué tienes?

ENRIQ. (Nada sospecha.)
No sé: un mareo, un vahido...

MERC. Estás pálida; estás trémula.
¡Oh!... ¿por qué no me has llamado?

ENRIQ. Temí darte una molestia,
é iba á ver si el aire libre...

MERC. Yo abriré.

ENRIQ. ¡No! no, estoy yerta.

MERC. La reaccion.—Voy por azahar.

ENRIQ. Si ya pasa; si estoy buena.

MERC. Á ver, dame acá esas manos.
Tienes razon; ya no tiemblas.

ENRIQ. ¡Eh, pues vete á recoger,
que tienes unas ojeras!...

MERC. ¿Y si vuelves á estar mala?

ENRIQ. ¡Bah!

MERC. Con todo, ser pudiera.

ENRIQ. Vete, ó me enfado.

MERC. Parece
que te estorbo.

ENRIQ. ¡Tú! ¿Eso piensas?

MERC. Si deseas estar sola...

ENRIQ. ¿Yo! (¡Me vende la conciencia!)
¡Sola! ¿Y para qué, Mercedes?

MERC. ¡Ay, hija! yo sé de penas.

Engañarás á la tia
—¡que nunca lloró!—con esa
exterioridad alegre,
mas no, prima, á la que cuenta
años enteros de llanto.
Vamos, sé franca; confiesa.
Tú tienes algo, algo grave,
que me ocultas. Esa fiesta...

ENRIQ. ¡Ay, sí, Mercedes! ¡Qué noche!
Haces bien cuando te encierras
en tu casa con tu hijo.
Aqui puedes sin reserva
llorar; aqui nadie viene
á dar pábulo á tu pena.
Ayer lástima me dabas;
hoy me das envidia.

MERC. Cesa;
tú tambien tienes un hijo.
Esposa sin dicha, aun queda
el ser madre venturosa.
Sí, sí, aun es tiempo, Enriqueta.

ENRIQ. ¡No, no; ya es tarde, muy tarde,
más tarde de lo que piensas!
cuando se está en la pendiente
de un abismo, no hay manera
de retroceder. El vértigo,
no la voluntad, nos lleva.

MERC. ¡Qué dices?

ENRIQ. Tú vivir sabes
en tus tareas domésticas;
yo no: tú sabes ser madre;
yo fié á manos ajenas
el hijo de mis entrañas,
no bien vió la luz primera.
Yo, pues, comprender no puedo
esas delicias que encierra
la maternidad. Tú, el dia
que Felix á tu amor vuelva
esperas amante. Yo
no sé si desée ó sienta
que Manuel torne á quererme,
ni estoy segura siquiera

de si le amo ó le aborrezco;
porque aunque de él celos tenga,
el amor propio ofendido,
no el cariño, los alienta.
Nada tengo aqui: por eso
corro á aturdirme á esas fiestas;
por eso brillar ansio;
opio busco que me aduerma.

MERC. ¡Me das miedo!

ENRIQ. Y ¿sabes tú
qué consuelo encuentro en ellas?
Oyelo.—Apenas llegado
Manuel, á una aventurera
—á una mujer de esas muchas
á quienes, sin darse cuenta
nadie de por qué, se admiten
donde nunca entrar debieran—
se acercó; toda la noche
á mi vista, en mi presencia
con ella ha estado. He querido
darle ofensa por ofensa:
he bailado con Alfredo,
de quien sé que en otra época
tuvo celos.

MERC. Y ese hombre... (Muy sobresaltada.)

ENRIQ. Bien diga verdad, bien mienta,
há tres años que me jura
que me adora.

MERC. ¿Y tú toleras?

ENRIQ. Mercedes, lo que he sabido
me tocaba muy de cerca
para escuchar sus amores.
—¡Felix y Manuel nos dejan,
nos abandonan!

MERC. ¡Qué dices?

ENRIQ. Á mí mi esposo por esa
mujer; por otra á tí el tuyo
que vale áun menos que ella.

MERC. ¡Cómo? ¡No! Esas son calumnias
de ese hombre, que audaz intenta
tu perdicion.

ENRIQ. ¿Y si Alfredo

diese de su dicho pruebas?

MERC. ¡Cómo?

ENRIQ. ¿Te ha dicho á tí Felix
que en la embajada francesa
dejó para registrarlos
dos pasaportes en regla
para Paris?

MERC. No.

ENRIQ. Tampoco
Manuel á mí; y uno era
para él.

MERC. Y ¿quién te asegura
que ese Alfredo no lo inventa?

ENRIQ. ¿Necesitas verlos?

MERC. Sí.

ENRIQ. Los verás.

MERC. ¿De qué manera?

ENRIQ. ¿Y qué importa el cómo? Alfredo,
que amistades tiene estrechas
en la legacion, ha ido,
pretestando que interesa
la prontitud, á traérmelos.

MERC. ¡Oh! ¡Dios mio!

ENRIQ. ¿Quieres pruebas?
Las tendrás mañana.

MERC. ¡Ah!
Pero que ese hombre no venga.
Si tras de lo que ha pasado,
tu marido aqui le encuentra...

ENRIQ. No, yo haré que no le encuentre;
ya lo he pensado, no temas.

MERC. ¡Irse! (Tras de una leve pausa.)

ENRIQ. ¿Te vas con tu niño?

MERC. Aun no. (Maquinalmente.)

ENRIQ. (Alejemos sospechas.)
—Pues, hija, yo ya no puedo
tenerme de pié.—Que duermas.

MERC. Adios.—Si me necesitas...

ENRIQ. Bien.—(Esperemos.) (Váse.)

ESCENA VI.

MERCEDES.

¡Paciencia!
¿Y si se marcha con otra?
(En un arranque de duda.)
¿de qué me sirve tenerla!
—De hacer lo que Dios me manda.—
(Como contestándose.)
—Señor, mis hombros flaquean
bajo el peso de esta cruz:
fé... la tengo; ¡dame fuerzas!

ESCENA V.

MERCEDES, FELIX.

FELIX. (¡Pobrecilla! Está esperando.
(En la puerta derecha del foro.)
Ella en vela, mientras yo...)
—¿Qué tienes, hijita?
(Llegando de puntillas adonde ella está.)
MERC. ¡Oh!
¡Felix mio!
FELIX. ¿Estás llorando?
MERC. ¿Yo? No.
FELIX. Pues se me figura...
MERC. Estas lágrimas no amargan.
Es que .. los ojos se cargan
de mirar á la costura.
FELIX. ¡Pero, señor! Nada, bien.
Tú no haces caso de mí.
MERC. No digas eso.
FELIX. Sí, sí.
MERC. Vamos, siéntate aqui: ven.
FELIX. Pero, hija, ¿ha de ser en vano
que tus malos ratos sienta?
MERC. ¡Deja eso! ¡Estoy tan contenta

de que vuelvas hoy temprano!...

FELIX. ¿Y qué hacias? (Esquivando contestar.)

MERC. Daba fin (Sonriéndose.)
á una gran obra. Esto hacia.
(Mostrándole una prenda de niño.)

FELIX. ¡Bien! (Con gravedad cómica.)

MERC. Lo vá á estrenar tu dia
nuestro pobre chiquitin.
—Está mejor. ¿Sabes? (Con extremada alegria.)

FELIX. (¡Oh!
¡Y yo ni aun he preguntado!...)

MERC. Vivirá. Ya no hay cuidado.

FELIX. ¿Conque lo ha habido! (Conmovido.)

MERC. Sí.

FELIX. Y yo...
(Con desprecio de sí mismo.)
Vamos, no me lo perdono.

MERC. Mas si todo ha concluido!
¡Ay, si vieras! le ha salido (Loca de alegria.)
un dientecito tan mono!

FELIX. ¿Sí? ¡Yo lo quiero mirar! (Fuera de sí.)

MERC. (¡Es padre aún! ¡Se salvó!) (Con suma alegria.)

FELIX. Anda, vamos.

MERC. Ahora no,
(Deteniéndole cariñosamente.)
que le puedes despertar.

FELIX. Tienes razon.

MERC. Luego, sí.
¡Pone una carita al verte!

FELIX. Habla bajo... no despierte.

MERC. (¡Cuida de él!—¡No huye de mí!)
—Y dí, ¿tienes sueño tú?

FELIX. No, mujer; pero he pasado
gran rato en un endiablado
garito de Belcebú,
(Como avergonzado y tratando de endulzar lo que tiene que confesar á Mercedes.)
y no sé si el ponche ó...
ó la atmósfera, ó el juego,
ó cierto desasosiego
con que siempre vuelvo yo
á casa tras de jugar,

—porque sé que no es tu gusto—
me ha producido un disgusto...
una cosa... un mal estar...

MERC. Te haré una taza de té. (Con solicitud.)

FELIX. ¿Molestarte? ¡Qué bobada!

MERC. Pero si no cuesta nada.

FELIX. Déjalo, tonta.

MERC. No. ¡Qué!
(Tomando la maquinilla y colocándola en el velador de la izquierda.)

FELIX. Como quieras.

MERC. Ya verás
(Tomando la botellita del *verre d'eau*, para poner el espíritu de vino en el recipiente.)
qué pronto...—No, no lo llenes.
(Felix le quita la botella de la mano y empieza á verter el espíritu.)
Dame un fósforo.

FELIX. Ahí lo tienes.
(Mirándola con ternura.)

MERC. (¡No le he visto asi jamás!)
(Enciende el fósforo y vá á aplicarlo al espíritu.)

FELIX. Chica, que cuando se inflame
(Apagándole el fósforo y dándole un beso en la mano.)
te quemarás.

MERC. No seas loco...

FELIX. (¡Tan dichosa con tan poco!
Y está bonita.)—Á ver, dame;
(Al ver que va á encender otro fósforo.)
yo en eso tengo más práctica.

MERC. Felix, tú saber no puedes
(Felix le tiene cogida la mano.)
el bien que me haces.

FELIX. ¡Mercedes!
(Con arrebato.)
—(Tu, tu, tu, tu; adios mi táctica.)
(Separándose.)

MERC. Al verte asi tan casero,
recogido ya á esta hora...

FELIX. (¡Y cómo le digo ahora
que he venido por dinero!)
—Á poca cosa bien llamas;

mas si esto lo es para ti,
(Con cierta frialdad estudiada.)
siempre lo haré.

MERC. ¡Ay, sí, sí, sí!
Hazlo, Felix, si me amas.
Aquí en tu casa los dos
tranquilos, sin un mal gesto...
¡Parece que para esto
hizo el matrimonio Dios!

FELIX. Sí, mira. Con tal que venza
yo mi condicion viciosa...
Ahora mismo... hay una cosa
que... vamos... me da vergüenza
tenértela que decir.—
¿Tú has creido que ya vengo
de retirada? Pues tengo
(Haciéndole una caricia.)
ahora mismo que salir.

MERC. ¡Sí?—Bien; ¿qué le hemos de hacer!
Y por esos callejones
tan desiertos... Si hay ladrones...

FELIX. ¿Y mi revólver, mujer? (Sonriéndose.)

MERC. Eso es verdad, pero al fin
vas solo y quedo temblando.

FELIX. Si Manuel me está esperando
en la puerta del jardin.

MERC. ¿Y va armado?

FELIX. Sí, tambien.

MERC. ¡Pero por qué no ha subido!

FELIX. ¡Pche! tu prima y su marido,
chica, no se llevan bien.
Él es cierto que de vándalo
tiene algo más que de fraile,
pero esta noche en el baile
ella ha dado tal escándalo...
que con razon, á mi ver,
él donde ella está no entra,
porque teme, si la encuentra,
no poderse contener.
¡Ya ves! bailar y bailar
con un hombre que no agrada
á su esposo una casada,

y él mirarlo y aguantar,
y en torno ver sonreir
con malicia á cierta gente,
y aun oir á un maldiciente,
y tenerlo que sufrir
por no armar una querella
que mancille más su nombre,
es para matar al hombre
¡y áun para matarla á ella!

MERC. ¿Pero tú?...

FELIX. ¿Yo? ¡Ya se sabe!
Le he dicho que ve visiones,
pero él no atiende á razones...
y hace bien: el caso es grave.

MERC. ¿Pero tan ciega ella estaba?

FELIX. Mira... á mí, que en lo que hacia
no me iba ni me venia,
¡la sangre casi me ahogaba!

MERC. ¡Jesus!

FELIX. Como Dios no mande
algo que rompa este enredo,
en cuanto él tropiece á Alfredo
va á haber un disgusto... ¡y grande!

MERC. Mas tú no te batirás.

FELIX. ¡Yo! compárate con ella.
Más que tú alguna habrá bella,
más buena no, no la hay más.

MERC. ¡Felix!

FELIX. Y ya que la suerte
me da en ti lo que no valgo,
deberia yo hacer algo
—lo sé—para merecerte.

MERC. ¡Por Dios!...

FELIX. No me hagás hablar.
Lo que esta noche ha pasado
me ha servido: he comparado.
Y si á Enriqueta lugar
para esto ha dado Manuel,
¿para qué no te lo doy,
Mercedes, yo, cuando soy
más malo, cien veces, que él!

MERC. ¡Felix!... (Sin poder contener las lágrimas.)

FELIX. ¡Qué es eso? (Muy solícito.)
MERC. (Con mucha expansion.) Alegria.
(¡Ya confiesa sus errores!!) (Fuera de sí.)
FELIX. Ea, tontuela, no llores.
(Pasándose una mano por los ojos.)
¡Vamos, chiquitina mia!... (Secándole los ojos.)
—Esto se acabó; mañana
vida nueva.—Ahora es preciso...
ya ves tú qué compromiso
por más que no tenga gana
de salir... Manuel me espera
y por hoy en mí no mando;
¡pero á no estarme esperando,
te juro que no saliera!
MERC. ¡Gracias!
(Felix la acaricia y prspara lo que vá á decirle.)
FELIX. —Dime.—¿Ha parecido
la llave del jardin? (Con cierta indiferencia.)
MERC. No;
pero al jardinero yo
la que tenia he pedido.
FELIX. Pues dámela.—Allí á Manolo
he dicho que me esperara,
porque todo se repara,
y por él, y aun por mí solo,
más reserva quiero ahora.
MERC. Ténla.
(Dándole la llave que entre otras debe tener en el costurero.)
FELIX ¿Qué necesidad
hay de que la vecindad
sepa que salgo á deshora?
MERC. Sí.
FELIX. Motivos doy ya hartos
de murmurar cada dia.
—¡Ah! chiquita... yo venia...
la verdad... por unos cuartos.
MERC. ¡Sí? (¡Se va!)
FELIX. Esa palidez...
MERC. No es nada, no te disgustes.
FELIX. Vamos, tonta, no te asustes;
juego por última vez.

MERC. Félix.
FELIX. Ese pecho ensancha.
MERC. (¡Me abandona! ¡En vano lucho!)
FELIX. Hija, hoy he perdido mucho;
quiero tomar la revancha...
y que no crean que huyo
por perder.—Siento enojarte.
MERC. Pero tú, ¿á qué me das parte,
si cuanto hay en casa es tuyo?
FELIX. (¡Vamos!...) (Como abrumado por tanta bondad.)
MERC. Yo te alumbraré...
FELIX. (¿Ve usted esto! ¡soy lo más!...)
MERC. ¡Ah! ¿mas no te marcharás
sin tomar antes el té!
(Mercedes enciende la máquina.)
FELIX. No lo haré más.
MERC. No seas bobo.
(Esforzándose por sonreirse.)
Voy; anda. (Señalándole el *secrétaire*.)
FELIX. (Siento aquí un frio...
(Con la mano en el corazon.)
¡Voy á tomar lo que es mio
y me parece que robo!)
(Muy reconcentrado y con horror.)
MERC. ¿Y te sientes mejor?
FELIX. Sí. (Abriendo el *secrétaire*.)
MERC. ¿Sabes lo que pienso?
(Mirándole fijamente á favor de la luz que tiene en la mano.)
FELIX. ¿Qué?
MERC. Que cuando el chiquito esté
(Muy marcado y sin dejar de mirarle.)
bueno del todo, de aquí
—por tu salud—deberias
siquiera un mes alejarte
é irte á Paris... ó á otra parte
á divertirte unos dias.
FELIX. ¡Mercedes!
MERC. (¡Era verdad!)
FELIX. (¿Y es ella quien?... Si supiera!...)
MERC. (¡Vacila!)
FELIX. (¡Irme ahora, fuera

el colmo de la maldad!)

MERC. ¿Vamos?

FELIX. Sí.

MERC. Te está esperando
Manuel...

FELIX. Sí, tienes razon.
—¿Qué haces!

MERC. Abrirte el cajon.

FELIX. ¡Hija!...

MERC. (Señor, ¡hasta cuándo?...)

FELIX. ¡Demonio!

MERC. ¿Qué?

FELIX. ¿Qué ha de ser!
Nada; que muy ancho vengo
por dinero... y mira... tengo...
(Mostrándole algunos billetes, que deja caer otra vez en el cajon.)
¿qué tengo! Esto no es tener.

MERC. ¿Y es tal la necesidad?...

FELIX. ¿No ha de ser! He prometido
volver... ¡Vaya! me he lucido.
Y Manuel...

MERC. ¡Ay, es verdad!
Pero no te apures. Yo
tengo dinero,—esto pasa.—
(Á un movimiento de Felix.)

FELIX. El del gasto de la casa. (Sonriéndose.
Hija, eso es nada.

MERC. No.
Es mucho más. Si indiscreto
al pesar no te abandonas
y lo que he hecho me perdonas,
voy á decirte un secreto.

FELIX. ¿Tú?...

MERC. Mas no me has de mirar,
que me da vergüenza.

FELIX. Dí.

MERC. Hay un banco, ó cosa asi,
(Movimiento de Felix.)
que llaman *La Tutelar*.
Poniendo en él á interés
dinero, de un niño en nombre,

cuando el niño llega á hombre
rico, ó poco menos, es.
Estas noches que no duermo
al chiquitin por velar,
en esto he dado en pensar.
¡Ay, Felix! un niño enfermo
envejece á quien le asiste
si le tiene algun cariño...
¡Me dice tanto mi niño
con aquel mirar tan triste!

FELIX. Bien: sigue. (Con voz turbada.)

MERC. Si ser pudiera,
yo á mí misma me decia,
que asi se encontrara un dia
y sin recursos se viera!...
Y esto que ahora tú me escuchas
y que me hace avergonzar,
me hizo entonces derramar
muchas lágrimas.

FELIX. Sí?
(Pasándose una mano por los ojos.)

MERC. Muchas!
—Tú sabes que, como antes
otra era yo que en el dia,
en mi tocador tenia
algunos buenos diamantes.

FELIX. ¿Y qué? (Con ansiedad.)

MERC. Que como ese aliño
ya es inútil para mí...

FELIX. ¡Qué?

MERC. ¿Qué? Que ayer los vendí...
Y esto te presta tu niño.
(Ofreciéndole un paquete de billetes, que saca de su costurero.)

FELIX. ¡Ibas á imponerlo? (Muy conmovido.)

MERC. Sí.
Ya ves que disponer puedes...
Toma.

FELIX. ¡Mercedes! ¡Mercedes!
¡tengo vergüenza de mí!
(Dejándose caer en una butaca y cubriéndose los ojos con las manos, profundamente conmovido.)

MERC. Ya está el té y no hay taza. (¡Calma!)
(Mercedes, que ve el efecto que han hecho sus palabras en Felix, á duras penas puede contener la alegria, y dice «calma» oprimiéndose el corazon con las manos.)
Me llevo la luz conmigo. (Disimulando.)
(Solo le dejo contigo:
¡Señor, tócale en el alma!)
(Los dos últimos versos los dice al atravesar la escecena y dirigiéndose al cielo con el mayor fervor y recogimiento. Váse por la primera puerta izquierda. Felix queda alumbrado por el alcohol.)

ESCENA VI.

FELIX.

¿Qué he hecho yo? Martirizar
con mis locuras malvadas
á un ángel, cuyas pisadas
no soy digno de besar.
Mi conducta es execrable:
mi condicion es de fiera.
Creí ser un calavera
¡y estoy siendo un miserable!
¡Oh! ¿y he de jugar impio
esto que de darme acaba?
¡No! creeria que jugaba
¡la sangre del hijo mió!
¡Yo me ahogo!... igual tormento
no sufren los que más gimen...
Es que si el hombre ha hecho el crímen
¡Dios hizo el remordimiento!
Bien. Yo apuraré sus heces...
yo anhelo sus agonías...
¡Lágrimas primeras mias,
benditas seais mil veces!
(Déjase caer sollozando en una butaca. Leve pausa.)

ESCENA VII.

FELIX, ENRIQUETA, un EMBOZADO y MERCEDES.

FELIX. (¿Y Manuel?... ¡Oh! tambien él
se ha de enmendar, por mi nombre.)
(Enriqueta ha salido durante los dos versos anteriores y se ha dirigido á la puerta del foro izquierda. No trae luz. Despues de cerciorarse y de creerse sola, descorre el cerrojillo de la puerta que da al jardin.)

ENRIQ. (Nadie.) (Descorre el cerrojillo.)

FELIX. ¡Oh!
(Levantándose al ruido que hacen las hojas de puerta al abrirse.)

ENRIQ. ¡Perdon!
(Cayendo de rodillas á los pies de Felix.)

FELIX. ¡Un hombre!
(Viendo al embozado, que ha aparecido en el foro.—Mercedes se presenta en este momento en la primera puerta de la izquierda, con la luz en una mano y la taza en la otra, y se queda inmóvil en el dintél.)
¡Abajo espera Manuel!
(Al embozado, con voz seca y reconcentrada, lanzándose hácia él é indicándole que salga: desaparecen rápidamente.—Enriqueta permanece de rodillas ocultando el rostro en las manos.—Mercedes deja el candelero y la taza sobre el velador, y corre hácia Enriqueta.)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA, MERCEDES.

ENRIQ. ¡Ay, Mercedes! (Echándose en sus brazos.)

MERC. ¡Desdichada!

ENRIQ. Todo acabó para mí.
¡Van á matarse!
Con desesperacion, pero en voz baja.)

MERC. Sí, sí.

(Con aturdimiento, pero sin precipitacion y todo con poca voz.)
La salida está cerrada
por Manuel.

ENRIQ. ¿Y qué he de hacer!...

MERC. No sé... ¡Yo soy tan cobarde!...
(Sumamente angustiada.)

ENRIQ. ¡Un consejo! (Alzando la voz y fuera de sí.)

MERC. ¿Ahora? ¡Ya es tarde!
(Con amargura.)

ENRIQ. ¡Oh! (Cubriéndose los ojos con las manos.)

MERC. No hay tiempo que perder.
¡Vamos!
(Se lanzan las dos á la puerta del foro en el momento en que se interpone entre ellas Doña Clara, que sale de su habitacion toda alborotada. La impaciencia de Enriqueta y Mercedes hace que no la escuchen.)

ESCENA IX.

MERCEDES, ENRIQUETA, DOÑA CLARA, FELIX.

CLARA. ¿Qué es esto, hija mia? (Á Enriqueta.)
—Mercedes, ¿qué está pasando?
(Felix se interpone entre ellas, y cogiendo del brazo á Doña Clara le dice los dos primeros versos en tono sombrio y con cierta indignacion.)

FELIX. Pasa... que se estan matando,
¡y usted vive todavia!

CLARA. ¡Jesus! (Escandalizada cómicamente.)

ENRIQ. ¿Y Manuel?

MERC. Dí.

ENRIQ. Dí.

FELIX. Solo yo para testigo,
y de Manuel tan amigo,
lanzarme á Alfredo temí;
pues tal era mi arrebato,
tal mi afan de verle muerto,
que, si allí sigo, convierto
el duelo en asesinato.
—Ya sucumba Alfredo, ya

le ampare allí la fortuna,
pronto la luz de la luna
sobre un cadáver caerá.

MERC. }
ENRIQ. } ¡Oh!

CLARA. Mas ¡por qué?

FELIX. Porque ahora
ya ir no pueden menos lejos;
porque usted sembró consejos
y nace sangre, señora.

CLARA. ¡Yo!... ¿Pues cómo á lo que pasa
he podido dar lugar?

FELIX. Usted la hizo abandonar
los deberes de su casa.
Porque asi usted se lo dijo,
sin ver en ello un desliz
imprudente, esa infeliz
se separó de su hijo.
Usted fé no le inspiró;
nada á su hogar la ligaba...
la dicha que en él no hallaba
en otra parte buscó...
y... señora, la mujer
que ama á un hijo con tibieza,
que no cose y que no reza...
¡honrada no puede ser!

ENRIQ. ¿Por qué no seguí tu ejemplo! (Á Mercedes)

FELIX. ¿Por qué al niño no has criado?
La madre del hijo al lado
convierte su casa en templo.

CLARA. Yo no he aconsejado más
que lo que á aquella á quien deja
un mal marido, aconseja
el mundo entero. Hijo, ¿estás?

FELIX. ¿Y no ve usted que si ahora,
caso de que allí no muere,
á ella Manuel volver quiere,
ya no es posible, señora?
¿No ve que esa desdichada,
tal camino por seguir,
condenada está á vivir
pobre sola, despreciada?

¿No ve usted que él, sin cariño,
sin nada hallar que le cuadre,
hasta dudará si es padre
de aquel desgraciado niño?
¡Oh!... si á las pobres que gimen
solo muestra ese sendero
el mundo, es que el mundo entero
está cometiendo un crímen!

ESCENA X.

MERCEDES, ENRIQUETA, DOÑA CLARA, FELIX, MANUEL. Manuel aparece en la puerta izquierda del foro y avanza lentamente. Enriqueta al verlo hace un movimiento para correr hácia él, pero instantáneamente se arroja en brazos de Mercedes, ocultándose de su vista.

TODOS. ¡Ah!
FELIX. ¿Muerto? (Á Manuel muy por lo bajo.)
MANUEL. Sí. (Sombrio.)
FELIX. Entre los dos
(Dirigiéndose á Enriqueta.)
hay un cadáver.
CLARA. Sí, llora. (Id.)
ENRIQ. Apártese usted, señora.
—Te he hecho infeliz. Quizá Dios
(Á Manuel, pero sin mirarlo.)
me perdone; quizá un dia
(Con poca voz y entrecortada, pero con cierta entereza.)
me perdones tú: jamás
yo he de perdonarme; mas
si un consuelo en su agonia
quieres dar á esta mujer,
dame á nuestro hijo.
MANUEL. ¿Darlo! ..
(Dominándose despues de dicha la palabra.)
Mercedes sabrá educarlo.
MERC. ¡Sí! (Enriqueta le besa la mano.)
MANUEL. No nos debemos ver.
—Para huir ese tormento (Á Felix.)

te dejaré por escrito
lo que hablarle necesito.
Parto dentro de un momento
por el hijo que olvidé.
Lo más que asignarle pueda
de lo poco que me queda
al retiro le enviaré,
que para vivir le elijo. (Yéndose.)

FELIX. ¿Adónde vas?

MANUEL. Á escribir. (Mucha frialdad.)
Cuando amanezca, partir
debo por mi pobre hijo.
(Con la voz empañada nada más.)

ESCENA XI.

MERCEDES, ENRIQUETA, DOÑA CLARA, FELIX.

ENRIQ. ¡Sé su madre! (Muy conmovida.)

MERC. Lo seré. (Se besan.)

CLARA. Yo iré contigo al destierro. (Llorosa.)

ENRIQ. ¡Usted, causa de mi yerro?
Señora, déjeme usté.
(Váse por la puerta derecha.)

CLARA. ¿Y qué haré yo vieja y pobre?

FELIX. Vivir solita y rezar.

CLARA. Pero eso me va á matar!

FELIX. Quien presta, justo es que cobre.

MERC. (¡Es vieja!... (En tono suplicante á Felix.)

FELIX. Porque lo es,
le daré para vivir.)

CLARA. (¿Quién lo habia de decir!
¡Jesus! ¡Pícaro francés!)
(Váse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA ÚLTIMA.

MERCEDES, FELIX.

FELIX. ¡Mercedes!

MERC. ¡Felix!

FELIX. Se han ido.

Solo me encuentro en presencia
de ti, que eres mi conciencia;
de ti, que me has redimido.
Quisiera ser perdonado.
¿Podrás tú olvidar?...

MERC. ¡Por Dios!
Pues entre nosotros dos,
Felix mio, ¿qué ha pasado?

FELIX. ¿Lo olvidaste?

MERC. Puede ser.
Mi memoria es tan escasa...
mas repara: en nuestra casa
está todo como ayer.
Mira en derredor de ti.
Allí duerme nuestro niño:
aqui vela mi cariño; (En el corazon.)
mis brazos estan aqui. (Brindándole con ellos

FELIX. ¡Eres una santa!

MERC. No. (Sonriendo.)

FELIX. De un abismo me has sacado!

MERC. ¿Y quién en eso ha ganado?

FELIX. ¡Yo, Mercedes!

MERC. ¿Pues y yo?
—Felix mio, si el deber,
si Dios mismo no exigiese
que lo que he hecho yo se hiciese,
lo mismo volviera á hacer.

FELIX. Porque tú eres la bondad;
porque tu pecho es tan santo
como el de un ángel.

MERC. No tanto;
(Con picaresca ingenuidad.)
por mi propia utilidad.
—Dime, si de otra manera
hubiese sido, ¿tendria
en mi casa esta alegria? (Algo conmovida.)
Como Enriqueta me viera,
quizá entre gentes extrañas,
sin sosiego y sin reposo,
separada de mi esposo,
del hijo de mis entrañas.
Con daros felicidad,